

BOLSLIBROS

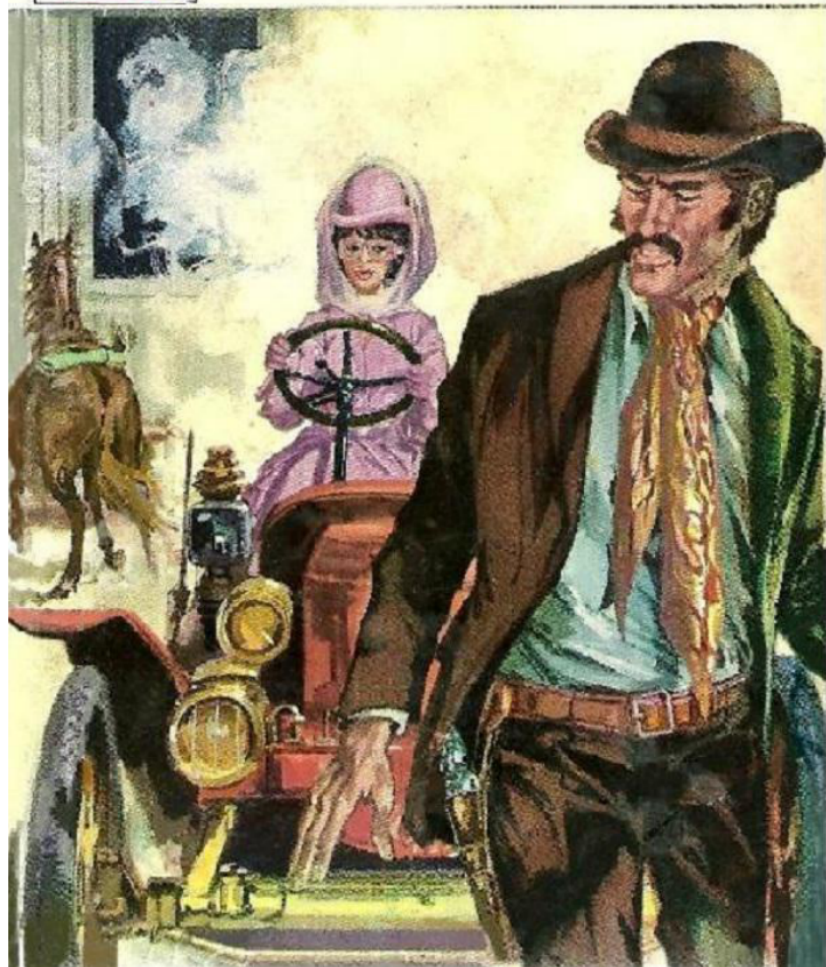


SERVICIO SECRETO

de

"Bronco" Blasco

peter debry



El sol ardía en aquella franja costera fronteriza con Texas. Iba ya aminorando sus ardores porque la tarde declinaba. Aquella zona de exuberante vegetación tropical bordeando el río Grande era conocida por Tierra Caliente. Desde la cima de Matamoros podía contemplarse la diversa coloración en que se dividía aquella zona. Los sectores claros correspondían al cultivo de la caña de azúcar. Después venía el espacio intermedio de los extensos vegetales, y por último, el denso verdor de la selva. La floresta. La floresta seguía siendo, en muchos lugares, impenetrable. Habitaban en ella seres casi primitivos, para quienes un viaje a Monterrey, la capital, era algo prodigioso, muy caro y que tal vez nunca harían.



Peter Debry

Bronco Blasco

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1124

ePub r1.0

Titivillus 28-11-2019

Peter Debry, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



PETER DEBRY

**“BRONCO “
BLASCO**

Colección
SERVICIO SECRETO nº 1124
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Depósito legal: B 47307-1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.º edición: febrero, 1972

© *PERTER DERBY* - 1972

texto

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

CAPÍTULO PRIMERO

El sol ardía en aquella franja costera fronteriza con Texas. Iba ya aminorando sus ardores porque la tarde declinaba.

Aquella zona de exuberante vegetación tropical bordeando el río Grande era conocida por Tierra Caliente.

Desde la cima de Matamoros podía contemplarse la diversa coloración en que se dividía aquella zona.

Los sectores claros correspondían al cultivo de la caña de azúcar. Después venía el espacio intermedio de los extensos vegetales, y por último, el denso verdor de la selva. La floresta.

La floresta seguía siendo, en muchos lugares, impenetrable. Habitaban en ella seres casi primitivos, para quienes un viaje a Monterrey, la capital, era algo prodigioso, muy caro y que tal vez nunca harían.

En otros sitios, la floresta iba cediendo tierra que sería cultivada, abriéndose al rítmico segar de los machetes manejados hábilmente por peones.

Un equipo de macheteros hizo un alto en su pesada tarea, porque encontraron un motivo justificado que no les valdría las invectivas de los capataces.

Miraron hacia el jinete que coronando un pedregal daba rienda hacia las laderas que llevaban al mar.

Hizo dos cosas: Detener el caballo para beber un sorbo de la cantimplora, y mirar atrás mientras bebía.

Un capataz comentó:

—Es un capitalino.

Asintieron todos. Podía venir de cualquier ciudad tejana al otro lado del río, o de Monterrey.

Por aquella zona pasaban muchos proscritos huyendo.

Aquel jinete vestía chaqueta de dril blanco pantalón de igual tejido, pero recto, no bombacho como los normales en la región.

Cubría su cabeza con un Stetson gris. Prenda cara y ciudadana.

Un mestizo silbó entre dientes antes de decir:

—Se le ve al capitalino que está dándose el bote. Le deben ir a la

zaga.

Un peón, indio yaqui, que gozaba fama, de penetrantes pupilas, entornaba los párpados, detallando al jinete. Canturreó:

—Le conozco al tal. Estuvo por acá dándole al machete. Después se fue a la capital. Es Emilio, el hijo del Godoy, el que murió de fiebres cuando...

—¡Ya va bien! —vociferó el jefe de capataces—. ¡Ándenle, gandules! Denle al mango, qué caray. No estamos aquí para chismear, sino para ganarnos la tequila y la pitanza. ¡Trabajen, pues, «cansaos»!

El equipo volvió a manejar el machete, mientras el jinete desaparecía ladera abajo, hacia el mar.

No se había equivocado el indio al reconocerle como a Emilio Godoy.

Tenía los rasgos afilados del mestizo fino, nacido de mulata clara con blanco puro. Volvió a mirar hacia atrás, hacia el oeste.

Y cada vez que ojeaba a retaguardia, efectuaba el mismo gesto maquinal. Apoyaba la diestra en la culata de la pistola, que, sin funda, sobresalía sujeta entre su pantalón y el ancho cinto.

A un lado de la silla de montar, en su funda, pendía el machete regional de ancha hoja con dos filos, romo de punta, con mango curvado.

Un machete que no era suyo, porque lo halló en la silla del caballo que había robado en un establo, a cinco leguas de Monterrey, al emprender la fuga.

Hasta llegar a la playa, le quedaban aún dos horas. El caballo ya no podía galopar. Sabía Godoy perfectamente que si le daba acicate, lo reventaría.

Por grande que fuera su afán de huir, no le quedaba más remedio que llevarlo al paso largo. Por suerte, el terreno ya era descendente. De pronto, Emilio Godoy se puso rígido. En el sendero, al girar, acababa de surgir otro jinete, que esperaba, inmóvil en su silla.

El que le cerraba el paso, era alto y corpulento. Bronceado el rostro, sonreía, pero sus ojos brillaban crueles, con fosforescencia de fiera humana.

También era mestizo. Un espléndido ejemplar de armoniosa fuerza natural, arrogancia y seguridad en sí mismo.

Vestía como Emilio Godoy, pero se cubría con un pajizo

amarillento.

Los dos permanecían quietos, al igual que los derrengados caballos. Se acechaban.

Habló el del sombrero amarillo. Su voz era cavernosa, como si brotase de lo hondo de una gruta:

—Así tenía que ser, Emilio. Allá nos topamos aquí nos vemos. Te rastreeé y me conozco demasiado la floresta para que un capitalino se me escape. Me la debes, Emilio, y me la pagas.

Godoy tenía la zurda asiendo las riendas. Su diestra se quedó como le había sorprendido la aparición del hombre que creía atrás, y que se le presentaba delante.

Se quedó su diestra tocándose la tirilla negra que le servía de bata.

El otro mantenía las dos manos en alto, con los codos pegados a los costados.

Dijo, siempre sonriente:

—A tu gusto, Emilio. Como me juegan, envidio y echo el resto. Si tocas culata, culata que empuño, y te consta que soy mucho más rápido que tú. ¿Te consta?

Asintió en breve cabezada Godoy. Prosiguió su enemigo:

—Te consta pues que cuando alces el cañón, te habré ya escupido los seis plomos que deseo dedicarte a ti. Les saqué brillo a las balas. Pero a lo mejor prefieres el machete. Dicen que no eres torpe, y que fuiste buen cortador. Podemos verlo, que tampoco yo soy manco. Elige, Emilio.

Godoy más apretada la delgada línea de sus labios, estaba lívido. No era cobarde, y muchos que le habían desafiado como ahora lo hacía Mart Blasco, la misma floresta se cuidó de enterrarles con el brazo de lianas, reptiles y ramas.

Sin poder evitar cierto temblor en la voz, aceptó:

—Sea el machete, Mart.

—Pero cuida de tirar tu pistola con mimo, Emilio. Bajó Godoy lentamente la diestra, hasta que sus dedos rozaron el cañón. Empujó hacia arriba y la pistola salió proyectada para caer a un lado del sendero.

Era indiscutible que frente a frente, pistola en mano, resultaba inferior a Mart Blasco.

Blasco rió sin alegría en los ojos, pero divertido al comentar:

—Me sujeto los calzones con cinturón nada más, Emilio.

Echó hacia atrás los codos, y la chaqueta de dril al abrirse mostró el cinto negro. No llevaba pistola.

Furioso, Godoy, desenfundó bruscamente el machete. Blasco hizo lo mismo.

Godoy pasó una pierna por encima de la silla, disponiéndose a saltar. Blasco le imitó y ambos quedaron en pie, enfrentados.

Los dos caballos se apartaron cansinamente, para dedicarse, unidos, a pastar la verde hierba.

Godoy dio un paso al lado, sin mirar, pero recordando dónde habían caído su pistola.

Avisó Blasco:

—Ya es tarde, Emilio. Si te inclinas, te tajo. Bueno, igual té tajaré, porque eres un canalla.

Distaban entre sí tres pasos. Godoy mantenía el machete delante del pecho horizontalmente, codos en jarras, apoyando la punta roma en su abierta palma izquierda.

—Escucha, Blasco, se puede hablar, ¿no?

—Lengua tienes, y dicen que los que van a morir hacen testamento.

—No tenemos por qué pelear. Yo no sabía que Adelina...

—¡No menciones a la muerta! Ella murió ya, ¿no? Y tú estás vivo, ¿no? Pues la cosa está clara. Has de morir.

—Escucha, Mart. Tengo dinero allá en un sitio que me sé. Te juro que reparto contigo. Y hay más de diez mil dólares en oro.

—Debes estar muy asustado para querer comprarme. No soy como tú, buitres. Date ya a la otra lengua. La que dirá la última palabra.

Godoy había hecho su postrer intento de arreglo. Se abalanzó, moviendo como un segador el machete.

Los aceros chocaron de plano a un costado, sobre la cabeza de Blasco.

Godoy saltaba como un bailarín acrobático, pero su recia muñeca prodigaba hondos tajos.

Salían desviados por la rápida oposición de la hoja manejada por Blasco.

El chocar de los machetes destellaba fugaces chispas y al recalentarse las hojas se encendían también en ambos rostros las pupilas, ya sin luz humana, codiciosas de matar.

Un refilón cortó el ala delantera del sombrero amarillo y puso un surco rojizo en la hombrera de la chaqueta de Blasco.

Godoy se batía con desesperada saña. Intentó el golpe rasante destinado a abrir brecha en las piernas adversarias.

Saltó en alto Blasco, y, a la vez, mientras el machete enemigo silbaba como una ráfaga de huracán bajo sus tacones, abatió reciamente Su arma.

El filo cortante hizo entalladura a un lado del cuello de Godoy que al mortal impacto quedó arrodillado, bamboleándose atrás y adelante.

Un chorro rojo brotó de la cortada yugular.

Fue sentándose lentamente sobre sus tacones, y por fin, se desplomó a un costado.

Mart Blasco se quitó el sombrero e inclinó la cabeza. No hubo la menor ironía macabra en su sincera oración primitiva:

—Si mal hiciste en vida, Emilio, que te perdone Quien es mejor que yo. Amén, y así sea.

CAPÍTULO II

Tirando su sombrero, recogió Blasco el que había saltado de la cabeza del muerto en la pelea.

Se lo encasquetó, comentando:

—Bien que me va. Y a ti, igual te da ya, Emilio.

Levantó al muerto por los sobacos y fue arrastrándolo para izarlo sobre la silla del caballo, atravesándolo, colgante a un lado el busto sangrante, y al otro las piernas.

Lo aseguró con las riendas, enfundando el machete. Después dio una palmada en el anca del caballo.

—A tu cuadra, penco, que tan prestado te tomó Emilio, como yo a tu compañero.

Enfundó el machete ensangrentado y vencedor en la otra silla, aplicando también sonora palmada al que hasta entonces había montado.

—Andando, amigo. A la querencia de vuestra cuadra. Había dejado bajo el cadáver su sombrero amarillo. Los dos caballos se alejaron a un trote animoso, de regreso a su lejano establo.

Mart Blasco se paró a recoger la pistola de Godoy, insertándola entre su ancho cinto negro.

Fue internándose por la floresta, donde ya el crepúsculo iba convirtiéndose en tinieblas.

Caminó varias horas por vericuetos que conocía a fondo, porque los recorría dos o tres veces por año. Llegó por fin a una aldea costera.

Medio centenar de cabañas, de aleros inclinados y musgosos. Se dirigió Blasco a una de las más aisladas, en cuyas dos ventanas había cortinas de telas vistosas.

Era propiedad de Mirta Blasco, que trenzaba maravillosamente el bejuco en cestas de adorno que una vez por mes venía a recoger un mercader.

Mirta Blasco había sido muy bonita, la más linda de la aldea. Su piel canela era tersa y suave antes de conocer al hombre que la abandonó y cuyo nombre nadie sabía.

Un hombre que ella nunca mencionó ni a su propio hijo.

Después, envejeció más que por el transcurso de los años por una íntima pena jamás consolada, porque seguía queriendo al arrogante aventurero que en fugaz etapa la enamoró.

Mart Blasco tuvo que inclinarse para no topar con el marco de la puerta. El candil iluminaba al fondo la figura de la mulata sentada, balanceándose en mecedora.

Radiante el rostro se puso en pie Mirta Blasco.

—¿Cómo dice que le va, viejita? —saludó Blasco, echando el sombrero Stetson sobre la mesa.

Ella se fundió en un estrecho abrazo con el que, emocionado, pero convencido que no era de hombres demostrarlo, masculló:

—Está usted más bonita que nunca. Tengo hambre y sed, viejita.

Al apartarse, miró ella apenada el hombro rojizo. Sentándose, sonrió él:

—No fue más que un tábano zumbador. Tengo gazuza y sequera.

Mirta Blasco recogió de una alacena las arepas de maíz que regó con miel, colocándolas en bandeja ante su hijo, junto con la garrafito de la cual sólo bebía en sus muy dilatadas visitas, el que ahora, comiendo vorazmente, la miraba complacido.

Ella vertió en un jarrillo el claro ron de la costa. Sentándose al otro lado de la mesa, frente a su hijo, preguntó:

—¿Volviste de nuevo con los caballistas de Pancho Villa?

—Ya le dije que los dejé porque había demasiados mandamases y a mí me gusta andar solo.

—Entonces, ¿qué fue?

—¡Ay, caray! —rió Blasco rezumantes de miel los labios—. Como le sabe que a usted le cuento yo todo.

Y pues, cómo no. Usted es mi único cariño, viejita. El caso es que hubo un tal Godoy, que me jugó sucio.

Y yo envido, según me juegan. Me robó la novia.

—¿Qué novia, Martín?

—La Adelina.

—Fue tu novia hace ya tres años, y ya tuviste muchas más después.

—No le hace al caso, viejita. Ciertamente que hacía ya tiempo que no le daba yo plática a la Adelina. Pero supe que el Godoy, prometiéndole casa y buen trabajo, la hizo abandonar la capital. Ella se marchó confiada, y hace unos días vine a saber que se había muerto en un poblado gringo llamado Camp Lancaster. Se murió de

asco y de vergüenza... en mala casa de todos los mineros. Y pues, ¿qué me tocaba sino evitar que el Godoy engañara a otra? Le apliqué mi justicia dejándole bien muerto.

Entrecruzó ella las manos, angustiada.

—No puedes seguir así, Martín. No puedes aplicar tu justicia, sólo contra todos. Ahora te buscará la ley. Te buscarán... porque tú no enterrarías al Godoy, ¿verdad?

—¿Acaso soy sepulturero?

—Lo encontrarán y sabrán que has sido tú.

—¿Y pues? No pienso negarlo. Lo rajé por canalla. Y ya está. Uno menos.

Ella se levantó para recoger bajo unos mimbres, un cofrecito, que abrió, sacando unas monedas rutilantes. Pesos de oro.

—Tómalos, Martín.

—No, que no, viejita. Yo puedo vivir sin trabajar, ya que usted recibe cada mes la renta de la tía que murió en Galveston, de Texas. Si no tuviera usted, medios, entonces... pues yo hasta trabajaría.

—Ahora has de huir. Todo se olvidará si estás lejos de la costa algún tiempo. Pero ahora has de huir. Toma este dinero. Yo gano mucho con el bejuco, y además, como sabes, tengo la rentita tejana.

—No me ofenda, madre. No me ofenda —murmuró ceñudo Blasco.

Ella comprendió que no podía insistir. Su hijo tenía un concepto muy personal sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—No me llore, viejita, caray. ¿No me ve sano y fuerte? Usted me da ahora el oro de su abrazo y un buen beso. Y me voy feliz y campante. Ya la volveré a ver prontito. Y descuide que a mí no me encierran. Lo único que a mí podría matarme, son cuatro paredes encerrándome.

Se desprendió ella con esfuerzo del abrazo. Trató de sonreír, mientras él, poniéndose el sombrero iba a recoger de un rincón un corto machete, que insertó en el cinto.

En el umbral, agrandado por la negrura exterior, Mart Blasco se llevó los dedos a los labios, y lanzó un beso, riendo.

—Adiosito, mi cariño.

Dio brusca media vuelta, y en el umbral sólo quedaron sombras.

Mirta Blasco sollozando, murmuró:

—No es malo. Todo es culpa de la poca ilustración.

—¡Qué poca ilustración ni qué narices! —exclamó el juez

furibundo.

Y asestó una colérica ojeada al comisario rural, cuya jurisdicción se extendía en el tumultuoso triángulo fronterizo formado por Laredo, Monterrey y la desembocadura de río Grande.

El comisario Flint Saldada, era temido por bandoleros mexicanos y proscritos tejanos, porque era inteligente y de legendaria audacia.

—Es difícil hacerme comprender, amigo mío. Me conoce lo suficiente para saber que no transijo con los delincuentes.

—Por esto mismo me extraña que defienda a Mart Blasco.

—No le defiendo. Trato de explicar que Blasco es un inocente.

—¿Inocente? Aparte sus cabalgatas con diversas cuadrillas de bandoleros, a uno y otro lado de la frontera, ahora está bien demostrado que mató a Godoy.

—Yo empleo la palabra inocente en otro sentido. Blasco está siempre convencido de que no quebranta ninguna ley. Ha crecido en un ambiente en que la justicia se aplicaba personalmente. Son demasiado recientes estas comisarías rurales creadas para imponer orden a uno y otro lado de esta turbulenta frontera. Blasco las ignora. Está seguro de que no comete canalladas nunca. Digamos que es un ser primitivo, natural, sin maldad.

—Mart Blasco es un bravucón pendenciero, comisario.

—Godoy era un tratante en blancas, amigo mío.

—Lo sé, pero no obsta. Hay una justicia y tribunales. No es quién Blasco para ejercer venganzas privadas. Voy a hacer fijar los edictos de presentación a ocho fechas plazo.

—Blasco apenas sabe leer y afirma que la letra le marea.

—Otros se lo leerán. Sobran informadores por la floresta.

Y el juez estampó su firma bajo el edicto.

En uno de los linderos al norte de la floresta, tenía su cabaña un licenciado de presidio. Informaba a cambio de dinero. Gratuitamente a los que le caían bien. Y eran pocos.

Dejó el rifle reclinado en el poste del pórtico, al reconocer al que acababa de surgir de la vegetación, y que ostentaba muchos jirones en su ropa.

Rió anchurosa la boca:

—¡Cuánto bueno por acá, Mart Blasco! Ya leí que abriste en canal al renegado muy maldito de Godoy.

—Tú eres tipo ilustrado, no deberías hablar mal del que ya pagó.

Los muertos al hoyo y los vivos al bollo. ¿Dices que lo leíste?

—En cada poblado de la costa, a uno y otro lado de la frontera, hay un cartel. Te llaman, Blasco.

—¿Y quién me llama?

—Un juez. Te da ocho días, desde el mismo ocho, y estamos ya a trece.

Sentándose junto al solitario, masculló Blasco sinceramente extrañado:

—¿Y quién es el tal juez para llamarme ni darme plazo? Anda, explica esto tú que siempre estás leyendo.

—El juez te acusa de haber dado muerte a Godoy.

—El juez no miente. Sigue.

—Te pone el plazo legal, y si no te presentas antes del quince en cualquier comisaría de los rurales, resultas rebelde y convicto.

—Lo de rebelde tiene pase. Pero vayamos por partes, para que me entienda. Primero, ¿por qué resulto convicto? Segundo, ¿qué es esto de convicto?

—Al no presentarte reconoces la culpa. Y pueden condenarte a horca.

—¡Ay, caray! Cosa más rara ésa... ¿Y si me presentó qué?

—El juez te sentenciará a dos o tres añitos entre rejas. No más, porque hay atenuantes.

—¡Lo que hay es poca ley justa! Si Godoy era un... bueno, lo que fuera que no me agrada murmurar de muertos... y yo le enfrenté limpio, ¿a qué se meten jueces de por medio? También son ganas de incordiar, hombre. Horca y rejas me parecen muy bien para el que mata por la espalda y a gente honrada. Me parece un abuso en mi caso.

—Yo te comprendo, pero los rurales te buscan por todos lados. No más ayer mismo estuvieron dos por el poblado y se fueron hacia el sur.

—¡Ay, caray! Me van a comprometer. Adiós, licenciado.

Blasco, levantándose, se alejó hacia el norte.

El informador le gritó:

—¡Recuerda! Hoy es trece de marzo, y tienes plazo hasta el quince.

Mart Blasco alzó los anchos hombros. Le daba igual la fecha. A él no le atrapaban vivo.

CAPÍTULO III

El quince de marzo era la fecha en que Mart Blasco cumplía sus veinticinco años. Cada año lo había celebrado adecuadamente.

También ahora, en aquel crepúsculo, oculto entre matorrales, viendo el mar, deseaba celebrarlo a modo.

Pero se lo impedían dos obstáculos. El primero consistía en que no tenía ni un mísero centavo en el bolsillo, ni perspectivas de obtenerlo.

El segundo obstáculo, era que los rurales le estaban buscando y no precisamente para desearle un feliz cumpleaños.

Le perseguían con terquedad, sin verdadero encono, casi con simpatía, pero si le atrapaban vivo, y esto era muy problemático, lo indudable era que le tocaría balancearse al extremo de una soga.

Pero esto no preocupaba a Mart Blasco. Había nacido bajo un signo adverso, y se adaptaba a ser una víctima de la fatalidad.

Una víctima sonriente, risueña, que no se abatía, sino que luchaba.

Cierta vez que un exceso de ron en una cantina, le puso confidencial, resultó que su oyente era un hombre de mucha experiencia.

Le dijeron después que aquel hombre flaco, de ojos de lechuza, era nada menos que Flint Saldaña, ex pistolero, y elegido por unanimidad comisario de las dos fronteras, la zona de litoral al norte y sur de río Grande.

Pero entonces, Blasco lo ignoraba y aludió a su fatalidad.

El comisario expresó su personal opinión de que la fatalidad se la creaba el propio Blasco.

Ante la extrañeza de éste, el comisario formuló un interrogatorio amistoso, compartiendo el ron suave:

—¿Fuiste a la escuela, Mart?

—De los diez a los trece, y cuando supe leer y escribir, ¿qué más me iba a enseñar el maestro?

—Eso es lo malo. No te enseñaron a conocer las llamadas moral y ética.

—¿Y quiénes son esas señoras?

—Nunca te conquistarán, Mart. La moral es vivir de acuerdo con las leyes. No matar, no robar...

—Si tengo hambre y a otro le sobra algo, ¿en qué le perjudico mientras me lleno los calzones?

—Ahí está tu fallo, Mart. Lo ves muy sencillo. Si tengo hambre, robo. ¿No has oído hablar de algo llamado trabajo?

—Cansa mucho y da poco de sí. Intenté varias veces, pero siempre me salió la racha negra. O bien era un capataz que, sentado, me chillaba para que ni siquiera me limpiara el sudor, y claro, caray, ¿pues qué iba a hacer un hombre? Lo que hacía yo.

—Lo sé. Liarte a trompazos con el capataz. Tu mal proviene de que tienes un código muy tuyo. Estás convencido de que quitarle al que tiene sobrado, no maltratar a niños ni a viejos, y no perjudicar al que no te perjudica, es lo suficiente para andar por el mundo. Pero así siempre andarás sólo contra todos.

—Me place.

—Pero esta ley tuya es de piratas, y todos terminaron colgados del pescuezo.

—Refresquemos entonces ahora el gazzate, para cuando me llegue el último trago.

Al irse Blasco, sintió cierta pena Flint Saldaña.

Y aquel quince de marzo, Mart Blasco recordaba la predicción del comisario Saldaña.

La soga estaba preparada, pero ¿y quién era el valiente que le metía el pescuezo dentro del lazo?

Alguien le había hablado de cierto código penal. Al parecer, varios desconocidos se sentaban tras una mesa, abrían aquel libro llamado Penal y le leían al prisionero un artículo.

Según el artículo de marras, Mart Blasco tenía que dejarse llevar dócilmente bajo un árbol para que le pusieran una corbata de cáñamo.

Y recordando aquello, Blasco rió sin el menor cinismo, con toda naturalidad escandalizada. ¿No era aquella función de lo más absurdo que cabía imaginar?

Sobre la mullida hierba, tendido boca arriba, aspirando el salobre aroma del mar, Blasco argumentó para sí mismo con hondo convencimiento:

«A veces esta gente ilustrada tiene cada golpe que es para mondar

de risa. ¿Qué tengo yo que ver con ningún código penal? ¿Para qué han de meterse en mis asuntos privados, unos desconocidos, y leerme algo que ya está escrito hace tiempo? No hay justicia en esto. ¿Cómo pueden ellos dejarse llevar por algo escrito hace tiempo, sobre algo que todavía no había yo hecho? ¡Vamos, que hay que tener una cachaza bárbara en este mundo fatal!».

Después pensó en los rurales que le andaban cercando y fue más benévolo en su opinión:

«Todos como sedientos de beberme la sangre. ¿Y qué les hice a ellos? Casi tendrían que agradecerme que enviara a Emilio a donde le tocaba, allá a la parrilla a darle vueltas al asador. Pero, claro, los muchachos cobran la paga, y son trabajadores, y como además les gusta la jarana, pues ¡hala, a por Blasco! Y como saben que a mí no me atrapan vivo, me están comprometiendo, porque les tengo que huir, ya que ni me deben ni les debo. Y al que se me eche a la cara, no cabe la duda. O él o yo. Y qué caray... La vida es hermosa, pese a todo».

De pronto, meditó en lo peor. Estaba sin un centavo. Y empezaba a sentir el cosquilleo del hambre, pero aún más el retortijón de la sed. Estaba seguro de que se podía vivir bastante tiempo sin comer, hasta dos días por lo menos, pero ¿quién era el guapo que resistía más de seis horas sin beber?

No muy lejos, entre dos peñas, surgía un manantial, pero el agua fue creada para caer en lluvia, empapar la tierra y lavar los cuerpos. Nunca para bebería existiendo aquella bendición de ron clarito con miel.

Miró al manantial, gruñendo entre dientes. No eran más que las seis de la tarde, y hasta que anoheciera no podía llegarse hasta alguna cabaña, donde le facilitarían de un modo u otro unos sorbos de ron. Ladeó la cabeza. No cabía duda. Alguien se arrastraba por entre los matorrales, y venía hacia él.

Un torpe, porque quebraba ramitas, y resoplaba además. Debía ser algún rural capitalino, ignorante del arte de rastrear.

Casi sintió lástima, pero no podía salir al claro. Sería como darle blanco al tiro.

Esperó molesto. Tenía que defenderse, porque a él meterle entre cuatro paredes, con o sin rejas, era matarle.

El rumor del cuerpo arrastrándose fue aumentando, así como la

fatigosa respiración.

Blasco, andando agachado, sin el menor ruido, recorrió unos veinte metros hacia el que venía reptando.

Se detuvo, entreabriendo unas zarzas.

Vio a un capitalino, bebiendo ansioso, hundido el rostro en la linfa del charco bajo el manantial.

Blasco arqueó las cejas intrigado.

En la espalda de la chaqueta de cuero claro que llevaba el desconocido, había una mancha roja que se extendía lentamente.

En el centro de aquella mancha había un corte. El clásico tajo de una hoja de acero.

Blasco no oía más ruido que el cantarín del manantial y el ronco estertor del moribundo.

Se aproximó.

Y al crujir junto a su torso una pisada, el hombre apuñalado crispó los puños, ladeándose, en intento defensivo.

Pero estaba desangrándose, y quedó tendido, de costado, laso, sin fuerzas.

Blasco se arrodilló y apoyando su diestra en el hombro del desconocido le hizo de nuevo quedar de bruces.

Con su corto machete rasgó de arriba abajo la chaqueta y la camisa empapadas en sangre.

Quitó la gorra marinera del individuo y la hundió en el agua para verterla sobre la herida.

Repitió varias veces la operación hasta que la herida blanqueó.

—Mala cosa, forastero. Ni tenemos pan para masticar y poner la miga en la brecha, ni hay por acá la hierba parda. Veremos lo poco que queda por hacer.

Rasgó trozos de camisa que fue metiendo brecha adentro. El malherido gemía.

Cuando Blasco juzgó bastante taponada la herida, incorporó al que vestía como los fluviales tejanos, y arrastrándolo por los sobacos, lo reclinó contra una de las dos peñas.

El herido pestañeó. Blasco sentóse frente a él.

La lividez de la muerte iba cincelandos con su buril la calavera bajo la piel.

Aquel hombre se moría y nada podía hacer Blasco que, sin brutalidad, diagnosticó:

—Mala cosa, tejano. Te dieron la justa. Mejor que no hables. Tienes cara de gringo.

Los ojos azules, el rubio cabello, y el envaramiento natural aun en aquellos momentos finales, identificaban al nórdico.

Habló fatigosamente, con neto acento británico:

—Saber que morir... Gracias por tratar curar. Pero he de hablar. Tres seguirme cuando yo coger mapa. Yo no poder llegar poblado... Boqueó en busca de aire para sus fragorosos pulmones.

Mart Blasco guardaba muy secreto que de sus correrías con una cuadrilla disidente del ejército de Pancho Villa, había recorrido durante casi dos años la comarca tejana desde el río Nueces al Brazos.

Entendía bien el inglés. Lo hablaba mal. Pero con aquel agonizante no tenía por qué fingir que no entendía su idioma.

El moribundo decía silabeante:

—Favor pido de hombre a hombre...

—Así pedido, cuenta conmigo, inglés —replicó Blasco—. Y puedes hablarme en tu lengua, que la entiendo sobrado.

Sin moverse, como si supiera que gesticular le quitaría algunos minutos de vida, el británico, cerrando los ojos, prosiguió:

—Cosido al forro de mi cazadora hay un mapa importantísimo. Si los tres que me persiguen cogen este mapa, muchos tendrán mala muerte. Tú has de jurarme que le darás mi cazadora a quien yo te diga. Jura, por favor, júralo.

—Juro entregar tu cazadora a quien me digas.

—Gracias —y en el rostro demacrado se esbozó una sonrisa casi de satisfacción—. Llévale mi cazadora al piloto Masters del guardacostas Warrior. Él pagará tus gastos. El buque estará ahora en la rada de Paloduro. Tú me has comprendido, pero, repite, amigo, Repite.

—Piloto Masters del guardacostas Warrior en rada de Paloduro. Le daré tu cazadora. Ya puedes descansar tranquilo, inglés.

—Gracias. Me llamo Cork...

Se interrumpió el británico, gimiendo incoherente. Un Millo de sangre resbaló por su labio inferior.

Blasco se dijo que la muerte ya estaba rematándolo.

Pero Cork volvió a abrir los ojos. Su voz era débil, pero audible.

—Tres me acosaron por la playa, lanzándome un cuchillo a la

espalda. Yo escapé, pero ellos me seguían. Encontrarán mis huellas y vendrán aquí. Debes huir porque ellos se convierten en asesinos sin piedad para quien tenga este mapa. Huye, y coge ya mi cazadora.

—Conforme, Cork. Yo oiré a los tres si se acercan. Anda, puedes irte tranquilo, Cork. Te doy mi palabra de hombre que tu cazadora con el mapa irán a manos del piloto Masters.

El inglés volvió a sonreír, torció la cabeza, y una expresión plácida serenó su semblante.

Estaba muerto.

Blasco no tuvo dificultad en quitarle la cazadora, porque abierta de arriba abajo por la espalda, le bastó tirar de las mangas.

Fue meditando en voz alta:

—La cosa está clara. Este inglés que se llamaba Cork cogió un mapa que cosió en su cazadora. Pero tres cobardones le largaron cuchillada porque no querían que se escapase con este mapa. Y los tres andan rastreando. Cuando lleguen aquí, estaría bueno que yo les diera el susto.

Reflexionó unos instantes y, mirando al muerto, añadió:

—Vaya, no te apures, hombre. Te juré llevar la cazadora y la llevo. Pagaré los gastos el piloto Masters, cuando me lo tope. Adiós, amigo.

Blasco dio media vuelta, y de pronto, inclinado el busto, apoyó la diestra en el cinto, sobre la culata.

Se quedó quieto, brillantes los ojos, dispuesto a disparar apenas el otro moviera un dedo.

Pero el hombre que estaba en el linde de los matorrales, mostraba sus manos abiertas.

—Tú eres Mart Blasco y no baleas a quien no te ataca. Tú me conoces, Mart. Haz memoria.

—Hecha. Vaya que te recuerdo. Eres un rural de los altos. Hará cosa de meses, tomamos ron de miel los dos. Me dijeron que te llamabas Flint Saldaña y que no tenías quien te igualara para atrapar maleantes. Pero, ojito conmigo Saldaña. Ojito, no me vayas a convertir en maleante.

—Mis hombres te vieron, me avisaron, y he venido solo. Tengo que hablar contigo, Blasco, Hablaremos y si no estás conforme, entonces... que gane de los dos, el más veloz. ¿Te cuadra?

—Me place.

Y Blasco se enderezó dejando de manosear la culata.

Bajo su sobaco izquierdo, la cazadora partida en dos, manchaba de sangre el dril de su chaqueta hecha jirones.

Atravesó Saldaña los matorrales, y llegando a cuatro pasos de Blasco, miró al que estaba sentado contra la roca.

—Este gringo ha muerto, Mart.

—No falla.

—Se desangró.

—Tenía la justa. Un puñalón entre los dos huesos de la espalda, que debió pincharle muy cerca del corazón, que si le da de lleno, ni habla.

—Entonces ¿habló?

—Bastante. Y ahora habla tú. Di lo que piensas, pronto.

—Pienso que tú no le has matado. Acabas de decir que tiene una brecha en la espalda, y esta manera de herir no la conoces tú.

—Ay, caray, tiene pico el rural policía... pero sigue siendo un policía entrometido. Y como a mí no me gusta engañar si me juegan limpio, te aviso para que no me juegues atravesado.

—Olvida por un momento lo que tenemos pendiente, según la ley de los demás. Aclaremos primero lo de este inglés.

—¿Cómo sabes que era inglés, si no le oíste hablar?

Sin responder miró Saldada fijamente el sobaco izquierdo de Blasco.

—Era su cazadora. La rajé para tratar de taponarle el boquete por donde se le iba el alma. No había nada que hacer, y eso que entiendo.

—Hasta la medianoche tienes tiempo de presentarte. Podemos pues platicar un poco.

—A ello. No importa si luego nos damos plomo. El caso es que me gusta tu modo de hablar, que ya me gustó aquella vez. No creo que me quede conforme por más pico que tengas, pero dale al pico. Lo más seguro es que no nos escupiremos, aunque luego veamos quién es el más veloz.

Saldaña se reclinó contra la peña a un lado del cadáver.

—Había tres individuos recorriendo la floresta desde la playa: Mis hombres les dieron el alto, porque no les pareció normal su exploración. Los llevan al poblado para esperar a que les interroge. ¿Sabes algo de esos tres, Mart?

Blasco sentóse frente al comisario y al cadáver.

Brillaron sus ojos, al tensar los músculos repentinamente.

Flint Saldaña apoyaba la diestra en su cadera. Junto a la culata.

CAPÍTULO IV

El gesto de Saldaña hizo asomar de su bolsillo posterior un frasco metálico, achatado.

—«Cañadú» del mejor, Mart.

Y el comisario, desenroscando, bebió al gollete un trago del ron de poco alcohol, destilado de hierbas y miel.

Tendió el frasco.

—Puedes apurarlo. No me gustó que desconfiaras cuando llevé la mano atrás, Blasco.

Blasco bebió con deleite, y al devolver el frasco vaciado, se relamió antes de replicar:

—Pues perdona, qué caray, pero como no acabo de entenderte y por añadidura eres comisario... La cosa está en que empeñé mi palabra al inglés, y le siento, jefe, pero la cumplo. O sea, que el juez ya puede esperarme sentado. Y te lo digo así, sin desafiar. No trates de meterme mano, porque yo he de cumplir mi palabra.

—Tal vez si me explicas por qué diste tu palabra, te entenderé.

Blasco explicó lo ocurrido desde el momento en que oyó el rumor de un hombre arrastrándose torpemente, hasta que, recogiendo la cazadora, iba a dirigirse al norte.

Saldaña iba asintiendo, y al terminar Blasco, manifestó:

—Nuestros senderos se han cruzado, Mart. Pero nunca sospeché que sería así. Ahora me toca a mí explicarte cosas que ignoras. Por Texas hay una banda de policías especiales a los que llaman Pinkerton. Son muy listos y necesitan a veces ayuda de los rurales. Me necesitaron y aunque sigo siendo comisario de Dos Fronteras, en este distrito, soy también agregado a la Agencia Pinkerton. ¿Lo entiendes?

—Sí. Está claro. Formas parte de esa banda.

—La banda ésta, al estallar la guerra...

—¿Qué guerra? No me digas que le llamáis guerra a las cabalgatas de Pancho Villa...

—Hace un año que estalló una gran guerra por Europa.

—Bueno, esto cae lejos. ¿En qué nos toca ni les toca?

—Al estallar la guerra europea la Agencia Pinkerton aceptó trabajar con otra banda inglesa, que tiene muchos agentes por estas fronteras. Gente que se dedica a evitar delitos de todas clases. Entre ellos, la trata de blancas. Es decir, impiden que ciertos canallas engañen a chicas honestas y huérfanas, prometiéndoles trabajo al otro lado de la frontera y llevándolas a tugurios infames.

—¿Y se cargan a los Godoy?

—Los llevan a los tribunales.

—Ya te veo venir. Y los tribunales, ¿le devuelven la vida a Adelina?

—Tampoco un Godoy muerto resucita a Adelina.

—Pero ya no repite la faena.

—Ante un tribunal, Godoy hubiera cantado quiénes formaban parte de la banda. Pero volvamos a lo otro. Como te decía, la Pinkerton formó otra banda que trabaja en unión de otra, con el mismo fin. Por ejemplo, con el Servicio de Inteligencia británico, del que era agente este Cork.

—Listo me pareció, pero con todo su golpe del servicio inteligente falló.

—De acuerdo, pero fíjate. ¿Ves como sonrío? Míralo bien, Mart.

El comisario proyectó el haz de su linterna aureolando el rostro lívido, apacible, donde los labios tenían una mueca sonriente.

—Ya me extrañó. Generalmente los muertos que yo vi, vaya, los que vi que no murieron natural, ponían mala cara. Y a éste me extrañó verle sonreír tan campante.

—Es sencillo. Sabía que el mapa, por el que se jugó la vida, llegaría a su destino. Y los otros muertos que tú has visto, ponían cara fea. ¿Sabes por qué?

—¡Toma! Porque les tocó la de perder.

—No, no. Porque morían neciamente, sin utilidad, en mala acción. En cambio, este Cork sonrío, como sonreiré yo cuando alguno me gane la mano. Cork y yo sabemos que si nos jugamos el bigote a cada minuto, lo hacemos con un fin útil. Se muere a gusto protegiendo las vidas ajenas.

—Éste murió por un mapa.

—Y te dije, que si los tres que le perseguían le atrapaban, muchos morirían. Todo esto lo puede aclarar el piloto Masters, del guardacostas. Vamos a llevarle la cazadora.

—¿Vamos...? El inglés me lo pidió a mí.

—Conmigo llegarás antes a Paloduro que no está lejos. Es una ensenada cedida por el Gobierno tejano provisionalmente a Inglaterra. Está más al norte de Brownsville. Apenas treinta millas. Con una lancha de los rurales llegamos en menos de una hora. Vamos allá y te doy palabra de que volveremos aquí. Y entonces, tú y yo solos, trataremos del otro asunto. ¿De acuerdo?

—¿Y tus cuadrilleros, qué?

—Mando en ellos. Saben que parlamento contigo.

—Vamos.

Abandonaron la vegetación entrando en el claro que bajaba hacia la playa, distante apenas doscientos metros.

Al surgir una sombra, Blasco inclinó el torso. Dijo Saldaña:

—¿Qué hay de nuevo, Al?

El rural informó:

—Los tres sospechosos insisten en que paseaban, comisario.

—Díganles que no pueden soltarles hasta que vuelva yo. Regresaré a lo sumo antes de tres horas. Allá en el manantial hay un inglés muerto. No le han visto, ni ha de verle nadie. ¿Estamos?

Desapareció el rural, y Blasco volvió a erguirse.

Siguió caminando tras Saldaña, y en silencio llegaron al poblado costero, en cuyo destacamento solicitó el comisario la inmediata llegada de una lancha motora.

Volvió a salir siempre acompañado muy de cerca por Blasco.

Ambos permanecieron en pie en él embarcadero iluminado por farolas de petróleo.

—No te veo la intención, jefe —masculló Blasco.

—Tienes ojos y oídos. Mira y escucha. Si no te hablo es porque estoy atando cabos muy sueltos relacionados con esta cazadora que llevas.

Los blancos penachos levantados por una proa afilada y el petardeo del motor anunciaron la llegada de la lancha conducida por un rural. A popa iban otros dos.

Al arrimarse la lancha, saltó Saldaña a bordo. Blasco titubeó unos instantes, hasta que pisando la borda penetró en la cabina donde se sentaba Saldaña pensativo, tras haber indicado el destino al piloto.

La lancha partió costearo hacia el norte.

Saldaña lió un cigarrillo ofreciendo el bolsín, pero Blasco denegó.

—No fumo, jefe. Quita el olfato. Y sigo sin olerte.

—El tiempo dirá.

Y cerrando los ojos, Saldaña fue fumando. Cuando en el suelo había ocho colillas pisoteadas, la lancha viró para arrimarse lentamente a un casco gris y acerado.

Al pie de la escalerilla había un marinero sin insignias ni emblemas. Indicó Saldaña al conductor de la lancha:

—Traduzca que necesito ver urgente al piloto Masters, de parte de Reginald Cork.

Blasco tenía todos sus sentidos alerta. Oyó el chapurreo. El marinero subió corriendo la escalerilla bamboleante. Comentó Saldaña:

—Hablo inglés, pero prefiero que tú lo oigas todo.

Desde arriba una voz gritó:

—Welcome! Up, my friends!

—Dice que bienvenidos, y que subamos —tradujo Saldaña—. Nos llama amigos.

—Lo que es tener ilustración —rezongó Blasco—. A mí me pareció que ladraba.

En cubierta del guardacostas, el marinero les precedió con ademanes invitantes, hasta abrir una puerta.

Una cámara iluminada, con paneles de caoba. Y un oficial de blanco uniforme, con insignias de piloto.

Entrando, dijo Saldaña:

—Buenas noches, piloto Masters. Si hablase español, lo preferiría.

—Lo hablo —sonrió el piloto—. Nací en el sur de California.

Hablaba en perfecto español. Deslizó una mirada de soslayo hacia el atlético sujeto desaharrapado, en cuyo sobaco izquierdo un amasijo de cuero se apretaba enrojeciendo el dril.

—Es de entera confianza —manifestó Saldaña—. Es más. Ha de oír cuanto hablemos. Supongo que sabrá quién soy.

—Me dijeron que venía de parte de Reginald Cork.

—Así es, en cierto modo. Soy comisario rural de Dos Fronteras. Me llamo Flint Saldaña.

El piloto Masters hasta entonces cordial, pero receloso, se convirtió repentinamente en amistoso.

—Siéntese, por favor. ¡Caramba! Usted es el famoso Saldaña. ¿Café, coñac, cigarros?

—No, gracias. Tengo prisa. Le relataré lo ocurrido.

Blasco iba dando graves cabezadas oyendo la clara exposición que hacía Saldaña, que no mencionó una sola vez lo que estaba haciendo él por la frontera ni tampoco por qué se hallaba allí Blasco.

El piloto comentó:

—Cork ha muerto en el cumplimiento de su misión. Logró infiltrarse en la tripulación de la goleta *Sierra Tex*. Estaba en comunicación conmigo y su último mensaje indicaba que se hallaba ya cerca del final, porque al anclar la goleta en Sotamar, él cogería el mapa que era la clave de todo. Hace ya dos meses que Cork tuvo el primer barrunto de que la goleta *Sierra Tex* se dedicaba a un tráfico peligroso.

—¿Qué clase de goleta es la *Sierra Tex*?

—Aparentemente es alguera, o sea, se dedica a pescar algas en los Sargazos, pero Cork tenía la seguridad de que a bordo pasaban cosas importantísimas. Hasta aquí cuanto sé. Cork se infiltró a bordo de la goleta, como un alguero más.

Miraba ahora insistente a Blasco que echó sobre la mesa la cazadora rasgada. Dijo al piloto:

—Gracias, amigo. No se ofenda si le ofrezco una recompensa por sus molestias. Esto es muy importante para nosotros.

Iba arrancando el forro por un lado. Sacudió y sobre la mesa cayó un plano envoltorio de mica transparente.

Despegó el piloto, el doblez en forma de cierre, y extrajo un papel crujiente que desdobló. Era pergamino grueso, amarillento.

Fue apuntalando el recio pergamino sobre la mesa, con chinchetas.

Saldaña y él se inclinaron sobre el mapa. Después el piloto cogía dos frasquitos y se dedicaba a pasar pinceladas, para al fin decir:

—Tinta normal. No es simpática.

Retuvo Blasco una carcajada repentina, dándose con el dorso de la mano contra la boca. Aquella gente sabihonda tenía cada golpe... El mucho estudio les debía desequilibrar los sesos.

¿Pues no decía aquel gringo que la tinta no le era simpática? Y lo peor del caso era que Saldaña, muy grave, contestaba:

—Es tinta normal, y sin embargo Cork afirmó que todo el misterio estaría resuelto con este mapa. Hay algo evidente. Los recuadros con rayas, señalan aproximadamente la situación de las bases inglesas del Caribe. Pero lo más extraño es esto anotado abajo.

Y Saldaña leyó:

«Ciudad de los Césares 6853»

El piloto desclavó las chinchetas, y el pergamino volvió a doblarse sobre sí mismo en cuatro pliegues.

—Lo examinará el criptógrafo de a bordo. Si hay algo descifrable, él lo aclarará.

Se asomó al umbral, tendiéndole el mapa a un marino que se fue, tras escuchar la breve orden del piloto.

Masters volvió a sentarse:

—Por lo que sea, este mapa pone en peligro, sin la menor duda, a los de la goleta *Sierra Tex*.

—Que si saben que el mapa se ha perdido, huirán, y toda la labor de Corle habrá sido inútil.

—Cierto. Convendría advertir al Intelligence, para que mandasen a otro agente en sustitución de Cork. Pero no, no serviría...

—Permítame una sugerencia, piloto. Que el criptógrafo saque una copia exacta del mapa, después de averiguar si el pergamino tiene algo especial, y devuelva el legítimo.

Masters abandonó el camarote. Pasó el tiempo. Saldaña fumaba en silencio. Mart Blasco empezaba a aburrirse.

Por fin regresó el piloto que con el mapa entre las manos, dijo:

—El pergamino es corriente en su clase. No contiene nada anormal. Ni el criptógrafo encuentra significación alguna a este mapa, del que ya ha sacado una copia exacta.

—Bien. Siga ahora mi razonamiento, piloto. Por determinada casualidad mis hombres rondaban la floresta donde murió Cork. Encontraron a tres marinos. Tres algueros. Y los detuvieron. Ellos insisten en que paseaban, y esperan mi presencia.

—Son entonces ellos los que mataron a Cork. Perdón, siga, comisario.

—Si los deajo en libertad, tratarán por todos los medios de encontrar a Cork y recuperar este mapa. ¿No es así?

—Exacto. Creo que voy adivinando su idea.

—Esta cazadora cubriendo de nuevo el torso de Cork, con los forros cosidos y el mapa en su funda, permitirá seguir a los de la goleta

Sierra Tex en su tarea. Si se dedican a tráfico peligroso, lo abandonarían si no recuperasen, el mapa. Cork afirmó que esta goleta y el mapa eran la clave. ¿Tenía indicios del tráfico?

—Pensaba en dos cosas. Aprovisionamiento de combustible a naves enemigas en alta mar, o contrabando de armas.

—Muy posible. Bien, devolveremos la cazadora a Cork.

Respingaron los dos al oír la conminación:

—¡Alto ahí! ¡Quietos los dos!

CAPÍTULO V

Tendido el índice, agregó Blasco colérico:

—Cork me pidió que trajese el mapa, y aquí está. ¿Qué es eso de devolver ahora la cazadora con el mapa? ¿Qué es eso de soltar a los tres que le mataron? Vamos, hombre... Me traes aquí como a un perrillo faldero, y ahora... Ni hablar, hombre...

Intervino Masters apaciguador:

—Trate de comprender la buena intención del plan, Blasco. Para vengar a Cork y evitar futuras muertes, el plan del comisario es excelente. Ya veo lo que pretende, Saldaña. Colocar a alguien inteligente junto al cadáver de Cork... No. No serviría. Los tres de la goleta sospecharían de inmediato, y matarían al agente.

—Tengo al hombre adecuado, Masters. El hombre que no matarán los de la goleta. El hombre que puede sustituir a Cork, y sabrá continuar su tarea. Él hombre que aparecerá junto al cadáver de Cork, lo hará de un modo tan natural, que los tres lo llevarán consigo a bordo; para que el que en ellos manda, le interroge. Y una vez a bordo, este hombre terminará la labor empezada por Cork.

—Bien, comisario, el asunto no puede quedar en mejores manos que las tuyas. ¿Conozco yo a este agente del I.S.?

—En su momento, se lo comunicaré.

El piloto había introducido el mapa en la funda de mica, y estaba cosiendo hábilmente los dos forros con bramante y nudos marineros.

Al finalizar la tarea, dijo:

—Cuanto antes mejor, comisario. Y le estoy muy agradecido, Blasco. Acepte esto para los gastos y como recompensa, amigo.

Mart Blasco miró atónito los billetes que el piloto acababa de sacar de una cartera.

Pestañeó. Eran billetes de cincuenta dólares, y por lo menos, había unos veinte.

Agachó la cabeza como si fuera a embestir, y gruñó:

—No tuve gastos. Y me dejaría mal sabor de boca eso de cobrar por

haber visto morir a un hombre.

—Insisto, y no se moleste si le digo que le hace mucha falta ropa nueva, un afeitado y tal vez algo de diversión. No son más que mil dólares. Fondos del I.S. como recompensa a su ayuda.

—Tuyos son, Mart —dijo Saldaña—. Aquí no hay remilgos que valgan. El mapa vale sobradamente los mil, y tú lo has traído. Cumpliste. Cógelos.

—Bueno ¡pues, míos son! —declaró Blasco riendo, y cerrando su zarpa alrededor de los billetes—. ¡Ay, caray! Mil «águilas» yanquis por traer un papel con dibujos. Resulta sabroso.

—Espérame en la lancha, Mart.

—Bueno va, jefe.

Salió Blasco, y al cabo de unos instantes, opinó el piloto:

—Este mozallón me hace el efecto de ser un retrasado mental.

—Es más listo que usted y yo juntos, Masters. Lo que pasa que es un producto natural de los bosques mexicanos fronterizos. Más cazurro y socarrón que el alcalde más zorruno de todo Texas. Hasta pronto, Masters.

En la lancha que iba apartándose del casco del buque, ordenó Saldaña:

—Al embarcadero donde nos recogió.

Mart Blasco manoseaba en su bolsillo los crujientes billetes. Masculló:

—Ahora me va a doler más enfrentarme contigo, jefe. Me dolerá de las dos maneras. Si te puedo, porque muerto no me harás ninguna gracia. Y si no te puedo, porque morir yo con este fortunón en el bolsillo, se me antoja una muerte muy bestia.

—Préstame mucha atención, Mart. Yo puedo entendérmelas con el juez que te espera. Es decir, puedo aplazar tu asunto personal.

—Hombre, esto estaría muy bueno. Pero ¿a santo de qué?

—¿Has oído hablar de submarinos?

—Poca letra tengo, pero no tan poca.

—¿Qué opinas de los alemanes, de los submarinos?

—A mí las razas me tienen sin cuidado. Lo que me importa es la manera de ser de cada uno. Y los que luchan de uno y otro lado, bravos son.

—Eso es. Los soldados luchan, y respeto merecen. Pero hay cierta raza sucia que tanto pudo nacer en México, como en Texas o en el

Caribe. Son los que buscan solamente el dinero, sin dar la cara ni llevar uniforme. Los que por ejemplo venden gasolina a los submarinos o armas a los de Pancho Villa. Venden, pero no luchan limpio ni dan la cara. De esta raza son los que mataron a Cork. Fueron tres, pero ellos son los menos culpables porque obedecen a otro.

—Todo eso lo comprendo, pero a mí lo que me interesa es lo mío. Ahora vamos a llegar allá y vas a insistir para que me presente. Y yo no me apeo del mulo, que soy yo mismo.

—Acabas de ganar mil dólares, de buena manera, Mart. Puedes ganarte muchos más, pero claro, los riesgos son muchos.

—Si casi me da no sé qué haber, agarrado estos mil por tan poca cosa. Y en cuanto a riesgos, ¿pues, qué? Vivir sin ellos, es aburrido.

—Eres aventurero por temple, Mart. Y ahora se presenta la mejor de las ocasiones para ti. Los de la goleta matarían a cualquiera. A ti, no, porque eres un fugitivo, un perseguido y tienes fama de bandolero. Si te encuentran al lado del cadáver de Cork...

—Ah, vamos, lo que me estaba yo oliendo. Quieres colarme y no me place.

—Se cuela a un policía entre bandidos. Pero meter a Mart Blasco entre tipos como Godoy, y ganarles por listo, esto se llama de otro modo. Esto es el Intelligence Service. Lo que te gusta. Sólo contra todos. Solo, enfrentándote a los canallas abusadores.

—Te veo venir hace rato, jefe. Allá cuando hablaste con el piloto, seguro que él pensó que yo era un monaguillo atontado. De mapas y tintas antipáticas entenderé poco, pero a tunanterías acaso sólo tú me echas la pata por encima, jefe.

—Vamos bien, Mart. No hay mayor placer que engañar a los que se crean, tunantes. Cuando lo son a lo Godoy.

—Queda algo por aclarar, jefe. Tal vez me meta yo en este potaje, pero ahí va algo muy claro. Si los de la goleta me caen bien, ya puedes dar por seguro que te quedas sin saber lo que por allá pasa.

—Cork no perdió la vida por robar un mapa a un anciano paralítico y bondadoso, Mart. Cuando sepas lo que pasa en la goleta, y si te parece lo adecuado, me envías cita cómo quieras y dónde mejor se te antoje. Si yo no fuera conocido, sería yo el que estaría junto a Cork y el mapa.

—¿Y qué hay del juez?

—Es cosa mía. Ahora volverás al manantial. Lo que digas, allá tú. No te hacen falta consejos para tratar con bandidos.

—Puede que los tipos se larguen sin llevarme. Claro que si me escarbo el seso, me llevan.

—No lo dudo. Cuando toquemos tierra, vuelves al manantial. Hay orden de dejarte paso, mientras yo no diga lo contrario. Supongo que te interesará saber lo que voy a hacer con los tres bandidos que esperan.

—Pues sí. Me interesa, ya que a lo mejor son de mi misma casta.

—No lo son. Ya lo comprobarás. Iré al poblado donde están retenidos los tres. También me haré el tonto de pueblo, como cuando tú quieres. Quedarán libres los tres. Y tranquilos. Porque sabrán que los rurales nos estamos dedicando a buscar a un tal Mart Blasco, que según confidencias escapó hacia el Sur.

La lancha atracaba ya en el embarcadero.

En tierra, el comisario entregó la rasgada cazadora a Blasco.

—Suerte, Mart. Y oye, ¿crees acaso que te estoy haciendo un favor?

—¿De qué, caimán? —rió Blasco—. Nos entendemos bien, jefe.

—Eso es. Tú sabes que llegará a la goleta *Sierra Tex*. Y sabes también que apenas pises la cubierta será tu compañero constante un peligro como nunca lo has afrontado hasta ahora. Porque son gente que no lucha limpio. Y juega como te envidan. A los tunantes que se creen astutos, dales clases.

En la oscuridad, remontando la ladera, añadió Saldaña:

—Me sabría mal que fallaras, Mart, porque en cierto modo, todo esto no borra lo otro. También te digo que trataré de conseguir tu indulto. Suerte, Mart.

—Bueno, pues... Que tampoco te vaya mal, jefe.

Saldaña se internó en la espesura.

Había un pacto de tregua entre él, jueces y rurales.

Y en este intervalo, tenía que descubrir el misterio que justificase la muerte de un hombre que se había apoderado de un mapa.

Flint Saldaña entró en la cantina, en cuya trastienda, dos rurales, junto a la puerta, custodiaban a tres hombres.

Vestían como los algueros. Botas altas, pantalón de piel, cinto, camisas a cuadros y cazadoras ligeras. Se cubrían con gorras marineras.

Uno de ellos avanzó. Era corpulento y de ancho rostro picado de viruelas. Dijo, como ofendido:

—Esto es muy molesto. Yo le conozco y usted también, comisario. Sabe que soy Ric Bedoya, y que...

Saldaña se limitaba a mirar fijamente al que hablaba, y que enmudeció. Los otros dos se acercaron.

—Nada tengo que explicarte, Bedoya. A ti te conozco. ¿Y estos dos?

—Son de la goleta. Uno es de Campeche y el otro, negro de Tobago.

—Que es negro, salta a la vista. Pero ahora dime, Bedoya, y sin dártelas de tunante, ¿qué hacíais por la floresta? No me creo eso del paseo recogiendo margaritas. Te aclararé un punto. Estábamos cercando la zona porque se fugó uno que a lo mejor conoces de oídas. Mart Blasco.

—¿Bronco Blasco? ¿El cuadrillero de Pancho Villa?

—Lo fue, ya no lo es. ¿Le conoces?

—Sí, pero nada tengo que ver con él. ¡Ya veo! Usted cree que nosotros le íbamos a facilitar la escapatoria.

—No, porque acaba de decirnos un confidente que Bronco Blasco se largó hacia el Sur. Y allá vamos. Pero vais a venir con nosotros, si no aclaras.

—Bueno, pues a usted no le voy a engañar. Resulta que nos íbamos a una destiladera a recoger licor para no pagar el consumo de aduana. Total, unos míseros pesos de negocio. Usted no es aduanero.

—Ni lo seré. Allá vosotros con el contrabando flojo, pero para el futuro, acuérdate, Bedoya. Si topas con rurales, canta la verdad, como acabas de hacer, y te evitarás horas de espera, y lo que es mejor, no me harás perder el tiempo. Abur. Que os pudráis.

El comisario dio media vuelta, haciendo una seña a los dos rurales que con él abandonaron la cantina.

Ric Bedoya guiñó un párpado, al decir:

—Andando, compañeros. Ya veis que con los rurales siempre es mejor decir la cochina verdad.

Al salir vieron cómo Saldaña y cuatro rurales partían al galope por un sendero hacia el sur.

Bedoya echó a andar hacia el este, comentando:

—Picó de lleno. Ya os dije que simulando contrabando, saldríamos ganando. No lo dije así a los caballistas rasos, porque nos habrían

retenido igual. Pero con Saldaña era distinto.

Greg Campeche insinuó:

—El inglés se habrá escapado a estas horas.

—No seas acémila. El rastro reveló bien claro que el espía estaba echando la última hiel. Lo encontraremos más que muerto en cualquier trecho por el mismo rastro donde nos pillaron desprevenidos. Ha sido una suerte que los rurales busquen a Bronco Blasco. Así perdonan a unos pobretones contrabandistas de licor.

CAPÍTULO VI

Junto al manantial estaba tendido Mart Blasco.

El resplandor lunar iluminaba el cadáver sentado contra una peña, apoyada la barbilla sobre la pechera de la cazadora que parecía venirle extremadamente ancha.

Ric Bedoya detuvo con los dos brazos extendidos el avance de los que le seguían.

Veía la pistola, cerca de cuya culata, Blasco, incorporado, apoyaba el puño diestro.

—Os vi llegar, y tengo la duda de que sois rurales disfrazados de cosecheros de algas.

Bedoya dejó escapar por entre sus labios un bufido que se convirtió en risotada falsamente cordial.

Replicó con sequedad:

—Tu cara la conozco, Bronco. Estos últimos días viniste en los periódicos. ¿Qué haces aquí?

—Primera, hago lo que me da la gana. Segunda, ¿quién eres tú para preguntarme a mí cuando yo nada te pregunto?

—Quietos vosotros —masculló Bedoya, volviendo a empujar hacia atrás al hercúleo negro y al nativo de Campeche—. Los rurales te andan buscando, Bronco.

—Has sido muy buen muchacho viniendo a avisarme.

—Un confidente les dijo que habías ido al Sur.

—No dijo más que lo que le advertí que dijera. ¿Y tú, qué dices?

Con el pulgar apuntó Bedoya hacia la peña en que se reclinaba Cork.

—Aquél... Le veníamos rastreando.

—Pues sí que sois veloces. Lleva muerto más de dos horas. Tenía yo sed y como a la fuerza ahorcan vine a chupar de este charco. Le rasgué a éste la camisa para taponarle la brecha, por si más que muerto estaba en eso que llaman el «colapso» comatoso. Pero estaba muy muerto.

—Le limpiarías los bolsillos como es natural.

—Natural.

—¿Y qué hubo?

—Las preguntas siempre me fastidiaron. Voy a ponerlo más claro para tus entendederas. Puedo contestarte, pero luego sacas machete. No os conozco de nada, y puede que hayan dado premio para el que me capture.

—Escucha, Bronco. Te juro que por nosotros te puedes ir ahora mismo. Nada queremos saber con los rurales. Lo que pasa es que ese gringo nos hizo una faena, robándome algo que era mío.

—¿Y a mí, qué?

—Puede que en lo que le cogiste esté lo mío.

—Por partes, tú, confianzudo. Yo le encontré lo que me hacía mucha falta. Unos billetes nuevos, de los yanquis. Y en ellos, dice que Estados Unidos los paga al portador. Y yo los estoy portando. Bedoya, al igual que los otros dos, escuchaba con avidez. Rió amistoso:

—Muy tuyo el dinero, Bronco. Lo que éste me robó era otra cosa. Puede que lo encontrases y para ti no tiene valor.

—El caso es que he decidido pasarme la noche aquí, para ganarme el mar a la que pinte el sol. Y vosotros no os vais. No quiero pelea, si no os ponéis encrespados. Pero no os vais. Por el camino os podrían preguntar los rurales. Si no estáis conformes, no haber pisado mi terreno. Al primero que pretenda largarse antes que aclare la noche, le meto plomo. Y sin rencor, porque ni me debéis ni os debo.

Bedoya avanzó dos pasos, manos tendidas, abiertas las palmas.

—Contigo nada tenemos tampoco pendiente, Bronco. Estás en peligro y es natural que te guardes: ¿Me dejas registrar al inglés?

—¿Por qué no? Pero quede claro que los billetes son míos.

—Natural, hombre, natural.

Los tres se abalanzaron hacia el cadáver, registrándole febrilmente. Las manos de Bedoya palparon la cazadora. Susurró Greg Campeche:

—Hay que cargarse a Bronco.

—No. Que lo interrogué el patrón. Ya tengo el mapa.

Se irguió con un pedazo de cazadora que enrolló, introduciéndolo entre cinto y camisa.

—Vosotros dos a dormir que ya encontré lo mío.

Tobago y Campeche fueron a tenderse en la hierba. Ric Bedoya era

hombre de confianza de su patrón, porque tenía mucha listeza. La demostró al decirle a Blasco:

—¿Sabes qué me soplab a Campeche? Que, por si acaso, más valía dejarte seco.

—Desgraciado. Hacen falta muchos de Campeche, para amojamarme. ¿Y por qué me lo cuentas?

—Porque te conozco de fama y sé que conviene jugar limpio contigo. Hay más. Convendría ir a la goleta. Te hablaré claro. El patrón, a lo mejor te hace preguntas, pero a cambio podrás largarte lejos y volver cuando te convenga.

—¿Para qué voy a ir a tu goleta?

—El patrón paga bien y por trabajo fácil. Es un veterano. Todo un macho. Se crió por la costa, y de peón que era abriendo brecha con machete llegó a tener barco propio.

—Casi parece alguien. Pero puede que si voy allá no le conteste yo a ninguna pregunta.

—Sabe el patrón preguntar, que lleva ya sus veinte años manejando a hombres difíciles como tú y yo. Si nos llevásemos ahora al inglés, caminando de noche, llegaríamos antes a la goleta. ¿Vale, Bronco?

—Se puede probar. Pero dile al de Campeche, que no se me acerque demasiado. Lo mismo al chocolate.

—Seguro, Bronco. ¡En pie, muchachos! Vamos a la goleta. ¡Carga con el inglés, Tobago!

El negro aupó sobre sus hombros el cadáver. Campeche inició la caminata hacia el mar, seguido por Tobago y su tétrica carga.

Bedoya se colocó a la izquierda de Blasco. Caminaban en silencio. Seguían un sendero que poco después desembocaba en una hondonada, donde el mar se desflecaba en blanco susurro sobre la arena.

Bajaron por entré riscos hasta llegar al borde de un peñasco. Dos lanchas de remo estaban atadas juntas, retenidas a la roca por doble lazada.

—La lancha en que huyó el inglés después de robarme —expuso Bedoya.

Tobago depositó el muerto en una lancha, cuyos remos cogió. A la otra saltó Bedoya imitado por Blasco.

En el banquillo, al lado de Bedoya, Campeche cogió el otro remo. Blasco se sentó a proa frente a los dos.

Empezaron a bogar con vigor. Más atrás, en la estela, avanzaba la lancha remada por Tobago.

Asomaba ya un leve resplandor por el horizonte cuando las dos lanchas contorneando un promontorio entraron en una bahía.

Dos luces de posición, señalaban la presencia de un velero de dos palos, anclado.

Por la borda bajaron dos negras cuerdas embreadas rematadas por garfios, que asió Bedoya, insertándolos en los hierros de engarce.

Arriba chirrió un torno y, bamboleándose, la lancha fue izada a bordo.

Despuntaba ya la aurora. Campeche y Bedoya desengarfieron al quedar la lancha en sus soportes a estribor.

Lanzaron los cables hacia abajo para que fuera izada la otra lancha.

Preguntó Bedoya al del torno:

—¿El patrón?

—Ya está avisado. Espera.

—A dormir, Greg. Vamos a ver al patrón, Bronco. —Será el tuyo.

Se aproximó Bedoya a una cabina central, en cuya puerta repicó con los nudillos. Su voz se hizo obsequiosa, servil.

—Bedoya, patrón. Traje al espía inglés. Vengo con un amigo.

La puerta se abrió, y un individuo alto, no visible su rostro, ordenó:

—Pasa. Y tu amigo puede esperar, supongo.

Blasco se encogió de hombros.

Entró Bedoya, cerrando, la puerta. Contó lo sucedido, dejando sobre la mesa la mitad de la cazadora. Dos manos asieron el forro, rasgándolo.

Sacaron la funda de mica, y de ella el mapa original, cuyas esquinas había redondeado el criptógrafo para hacer desaparecer las huellas de las chinchetas.

—Pudo muy bien Cork hablar antes de morir, y oírle el fugitivo, que ahora trata de meterse a bordo, Bedoya.

—No quería venir. Casi tuve que rogárselo, patrón.

—Es mejor no dejar cabos sueltos. De todos modos este fugitivo terminaría ahorcado. Le rebanas la nuez y lo tiráis a la caldera. Hemos de zarpar ya mismo.

—Usted manda, patrón. Pero es una pena porque vale mucho Bronco Blasco.

Las dos manos que acariciaban el mapa tuvieron un

estremecimiento.

—¿Qué nombre dijiste, Bedoya?

—Los del fugitivo. Se llama Blasco, y por sus andanzas con Pancho Villa fue pronto conocido por Bronco, que así le llamaban también por el sur de Texas.

Hubo un intervalo de silencio, y por fin la voz ordenó:

—Hazle pasar.

Salió Bedoya, y el ocupante de la cabina encendió una linterna.

Era alto y ancho de espaldas. Un hombre de unos cuarenta y cinco años a lo sumo, pletórico de vigor. De larga melena rizada, que blanqueaba en las sienes.

Vestía como cualquier fluvial tejano o fronterizo. En su muñeca izquierda había un doble brazalete de eslabones de oro. En su anular derecho fulgía un rubí enquistado en oro.

Olía a lavanda. Él y su cabina.

La puerta se abrió. Y Alex Vargas, dueño de la goleta *Sierra Tex*, en pie, vuelto de espaldas al que entraba, preguntó:

—¿Conque tú eres el muy famoso Bronco Blasco?

CAPÍTULO VII

—Blasco me llamo, por Bronco me conocen, y en cuanto hablo con alguien, contesto según y depende.

—¿Según y depende de qué?

—De la cara que vea.

Alex Vargas giró sobre sus tacones. Miró con fijeza, severo el rostro, detallando. Lo mismo hacía Blasco.

No le caían bien los hombres con sortija y brazaletes, que encima olían a perfume de frasquitos.

—Ya me ves la cara. ¿Te gusta?

—No mucho. Se te nota mandón y acostumbrado a que te adulen.

—Pocos años tienes para hablarme con este descaro.

—La verdad nunca es descaro, y no veo vejez en ti. He cumplido los veinticinco ayer mismo. Vale por una pregunta.

Sentándose tras la mesa dijo Vargas:

—En este barco, no hay más amo que yo, y acostumbro, no a que me adulen, sino a que me hablen de otro modo.

Miró Blasco en rededor hasta ver un escabel, donde se sentó.

—Tu costumbre buena es, pero en mí, que yo sepa, por ahora en nada mandas. Me invitaron a venir, para oírte preguntar. Después, si nos convencemos puede que te hable con algo de respeto, pero el tonillo que contigo emplea Bedoya, aunque quisiera, no sabría ni podría usarlo.

—Ya veo. No miente tu fama. Tal como decían por la frontera. Un bravucón, creyéndose muy macho.

—Que sea bravucón, puede. Y que me creo macho, seguro.

—Y también seguro que nadie te ha llamado temerario imbécil.

—A veces. No me enojan las verdades. Si yo fuera prudente y sabio, a lo mejor sería ya dueño del barco.

—Puede que lleguemos a un acuerdo. Mis hombres duran poco, los unos por idiotas, los otros por cobardes. ¿Conoces la maniobra de vela?

—Algo. Pero es mejor que te diga ya que a mí trabajar no me tira. Pero si hay pelea, voy el primero.

Fuera, lucía ya el sol naciente. Vargas se levantó para abrir las dos lucernas. Apagó la linterna, y desde una lucerna, ordenó:

—¡Bedoya! ¡Zarpa al rumbo marcado!

Volvió a sentarse. Blasco advirtió:

—Todavía no hemos llegado a trato ni acuerdo.

—Si no lo pactamos, te desembarcaré en cualquier parte. Siempre sales ganando alejándote de Dos Fronteras.

—Eso sí.

Señaló Vargas el mapa doblado junto al trozo de cazadora.

—Era un espía, ¿sabes? Se metió con trampa a bordo. Yo tolero muchas cosas, pero hay algo que nunca he perdonado. Al que espía. Y te diré más... —Avanzando el busto, clavó en Blasco los brillantes ojos. Silabeó—: Si mi propio hijo viniese a espiar aquí, yo mismo lo haría pedazos a golpe de machete.

—Está bueno. También yo, a mi propio padre si me jugase sucio. Bueno, el caso es que ya me jugó sucio.

—¿Sí? No es pregunta, Blasco. Pero siempre me place saber la historia de los que pueden estar a bordo. Cuantos menos familiares tengan, mejor. Y parece que no te entiendes con tu padre.

—Tenía yo pocos años cuando supe lo que mi madre nunca me contó. Siempre hay amiguetes para contarle a uno las desdichas. Y vino uno a decirme que yo era un bastardo. Claro, el ser yo poco ilustrado tuvo la culpa de que no abriera en canal al amiguete. Fue mucho más tarde, cuando un licenciado muy sabido me dijo que bastardo es el que tuvo un canalla por padre.

—Un padre siempre es esto, Bronco. Un padre.

—Qué va. Un padre para mí pudo serlo, por ejemplo, el bandido que escondido en una caverna me dio de comer, o el rural que me invitó a ron con miel. Vaya, el que me dio algo de afecto.

—Tienes razón. Pero pudiera ser que tu padre se viese obligado a huir.

—Gracias por defender al canalla que no tiene perdón, y además ¿a qué te cuento yo esto?

—Puede que sea porque conviene, desahogarse con quien, como yo, te escucha y te es indiferente.

—Cierto. Diste en la justa, tú. Bueno, pues de familia, mi madre que no sale de su choza, y que no quiere ir a la capital. Me refiero a Monterrey. Y no más familia. Una tía muy lejana que al morir, le

dejó a ella una renta que cada mes le mandan desde Galveston. Bueno, vamos al grano.

—Al grano. Me llamo Vargas. Alex Vargas. Nací en Veracruz, y pasé años por el sur de Texas. Mando en esta goleta y gano buen dinero. Quien me sirve, gana lo suyo, que igual doy oro, que le saco sangre al que me quiere traicionar. Me gustan los que, vean lo que vean, se lo callen y así parecen ser.

En pie. Vargas paseó por la cabina.

—Ahora son cinco días de mar. Después ocho de tierra, llevando mulos sin carga. Otros ocho días de tierra, regresando con los mulos cargados, y otros tres días de mar. Al término del viaje, en mano mil pesos oro.

—Caray, Mucho oro es. ¿Y qué hago para ganarlo?

—Me fío a medias de los de a bordo. El oro es maligno, Bronco. Y hay gente a quien la carga de los mulos pudiera tentar. Mientras yo esté vivo, me obedecen, pero pueden intentar liquidarme. No necesito guardaespaldas. Pero creo que tú, capaz de bastantes cosas, no lo seas ni de matar por la espalda, ni ayudar a quien lo intente.

—De estas dos cosas, puedes estar seguro. ¿Te doy el usted?

—Prefiero el tú, pero a bordo y en tierra hay una disciplina. Me das el tú, pero añades patrón o capitán, ya que lo soy de velero.

—Vale, capitán.

—Fiando en ti, dormiría mejor.

—Puedes dormir a pierna suelta, capitán. Hay algo que no acabo de oler. Puede que hayas oído hablar de mí y sepas cómo soy, pero ¿cómo es que así de buenas a primeras, confías en mí, desconocido?

—El alma no la llevamos ni en la cara ni en las palabras, Bronco. Hay algo que, como dices, se huele. No hueles a asesino, ni dejarías hacer a asesinos. Me sé guardar, pero no viene mal tener alguien como tú que pueda evitar que uno caiga seco, a traición, por la espalda.

—Bueno, ahora ya puedes preguntar, jefe.

—Cork murió y el mapa ya está aquí. Los rurales te buscaban y no era truco. Y es más, apostaría a que ni sabes siquiera lo que era Cork.

—Un espía.

—¿Y cómo sabes que se llamaba Cork?

—Así le nombró Bedoya. Espera... No, porque él sólo decía «el

inglés», ahora que lo pienso. ¡Fuiste tú, caray! Has sido tú el que acabas de decir: «Cork murió y el mapa ya está aquí».

—Te corregiste a tiempo, porque Bedoya nunca pudo citar el nombre de Cork. Hay tiempo por delante, y recuérdalo, Bronco... Si te pilló en algo raro, pierdes la piel.

—Por ahora la llevo bien pegada a los huesos, capitán.

—Bedoya te dirá cuál es tu hamaca, y los turnos de comida. Dile que estás libre de maniobra. Recoge la hamaca y la tiendes a estribor, en esta borda, por donde se abre mi puerta. No eres perro guardián, sino hombre que no dejará que me traicionen, y hablo de mi vida. Hasta pronto.

Salió Blasco de la cabina.

La goleta surcaba airosa, velas abombadas, y flameando la lona de su largo espolón de proa.

Al timón se aferraba Tobago. A la banda de babor, paseaba Bedoya. Fue contando Blasco ocho algueros.

Vino a acodarse a la banda junto a Bedoya.

—Hice trato. Viaje completo. Pero no doy golpe en maniobra. El capitán me reserva para momentos de toma y daca castaña.

—Los habrá. Más de los que te figuras. Allá cuelga la hamaca que pasa a ser tuya. Hombre, fue precisamente el inglés traidor el último que en ella durmió. ¿Te asustan los fantasmas?

—Los fantasmones con trincapiñones para camándulas. Y si no te has enterado pregúntale al primer fantasmón que veas cuando te mires al espejo.

—Bueno, no hay por qué calentarse, Bronco. Has tenido suerte. Hasta hoy, aquí todos han dado el pecho, en los palos o en la cocina.

—También daré el pecho cuando haya palos, y en la cocina, no pases pena, que ya me verás mover el bigote como el que más. Tengo gazuza y sed.

—Pues andando, que toca la primera ración de la jornada. Media hora después, Blasco colgaba su hamaca del garfio cercano a la cabina central, asegurando el otro remate en el saliente de una bocanada de aireación.

Cruzó los brazos bajo la nuca. Empezaba el viaje que tenía intriguadas a muchas inteligencias.

Cumpliría los dos pactos. Saciar la curiosidad del comisario Saldaña

y evitar que nadie diera muerte ni traicionara al capitán Vargas.
Se durmió pensando en qué solo había un inconveniente en su nueva aventura. Falta de mujeres.

CAPÍTULO VIII

Por espacio de cuatro días con sus noches, la goleta enfiló constantemente hacia el norte.

Vargas salía poco a cubierta. Cuando lo hacía ni miraba ni hablaba a Blasco.

Al amanecer el quinto día la goleta anclaba en Cypress Bay, una rada que trazaba la frontera líquida entre Texas y Luisiana.

Dos grandes carromatos esperaban en el litoral. Llevaban en sus lados pancartas especificando: «Abonos Agrícolas

Vargas & Company».

La tripulación había ya empacado con alambres prietos fardos de algas. La descarga alguera hizo efectuar tres viajes a los dos carromatos.

Al quedar vacías las calas, a bordo permanecieron tres hombres, y Vargas fue a ocupar un sitio en el pescante de uno de los carros.

Blasco se sentó como otros más en la caja posterior. Vio cómo los demás se tendían disponiéndose a dormir. Hizo lo mismo.

Toda la noche rodaron los carros, y mediaba el día siguiente, cuando por fin se detuvieron en una comarca desértica, sin huellas de humana población.

Era una loma pelada. En ella aguardaban varios individuos, calzando mocasines y vistiendo solamente pantalón largo con flecos.

Un extraño sombrero de copa baja y ancha ala, cubría los negros y lacios cabellos. Sus rasgos eran achatados, de ojos oblicuos y tez amarilla.

Cada uno de ellos sostenía el remate de una larga sogas que trababa en reata una decena de mulos, con grandes alforjas vacías.

Otro sujetaba las bridas de un caballo, en el que montó Vargas.

Los restantes tripulantes de la goleta, así como Blasco, se acomodaron en los mulos.

Precedidos por los indios sabinos, la caravana se puso en marcha.

Comprobó Blasco que en las alforjas del mulo que montaba había un rifle de repetición. Uno solo. No era contrabando de armas.

A las dos horas de marcha, Vargas puso su caballo al paso junto al mulo montado por Blasco.

—Comarca luisiana. Hay indios indómitos que a veces atacan. Fácil manera de ganarte los mil pesos, ¿no, Bronco?

—Por ahora no hay queja, capitán. Se viaja y se ilustra uno.

Vargas se alejó poniendo su caballo al trote.

A la caída de la tarde llegaban a un dédalo de barrancadas. Los sabinos iban explorando, y a veces detenían la larga caravana con un gesto.

Se aplastaban contra el suelo; avanzando como reptiles oteaban hasta volver a agitar el brazo en alto, en señal de continuar la marcha.

Las sombras invadieron una de las cañadas y aumentó el calor húmedo y pegajoso.

Vio Blasco cómo los indios erigían con varios palos largos en horquilla, una tienda de campaña, desenrollando anchas franjas de piel.

En la tienda entró Alex Vargas.

Blasco durmió valiéndose de las alforjas, más cómodamente que en los carromatos que no habían podido seguir más allá de la escarpada loma.

Fueron otros tres días de incesante marcha con cinco horas de sueño por la noche. Comida de conservas, y nada caliente, porque estaba prohibido encender fogatas.

A la cuarta noche, cuando ya los demás dormían y dos indios ejercían su turno de centinela, Blasco se acomodaba entre las alforjas.

Vio de pronto a Vargas en el umbral de la tienda. Le hacía señas para que acudiese.

El interior estaba iluminado y las pieles no dejaban transparentar al exterior la luz. Había una litera, una mesa y una silla plegables.

Vargas fue a sentarse tras la mesa.

Sobre ella se extendía la mitad de la cazadora que había pertenecido a Reginald Cork.

En calzón, torso y pies desnudos, recordó Blasco que su machete había quedado con el resto de su ropa.

Pero al cinto elástico entre la tela y la piel, llevaba La pistola.

Vargas señaló la cazadora.

Sus ojos tenían la misma expresión que cierta vez contempló Blasco en las pupilas de un gato montés enjaulado.

—Bedoya me explicó lo del manantial, Bronco. Pero hay algo que no acabo de comprender. Soy desconfiado por naturaleza y porque la vida me fue enseñando a serlo. ¿Tú cortaste esta cazadora?

—Sí.

—¿Por qué?

—El inglés estaba de bruces. Parecía abrevarse en el manantial. Le vi la brecha y aunque me pareció más que muerto, intenté taponarle, pero estaba bien muerto.

—Ya. Y el inglés ¿no dijo ni pío?

—Ni papa.

Vargas volvió del revés la mitad de la cazadora. Señaló el borde del forro.

—Esto es lo curioso, Bronco. Resulta que si tú rajaste desde el cuello hasta el cinto esta cazadora, era forzoso que el hilo del forro tuviera el sesgo deshilachado al final. Y mira. Termina en un precioso nudo marino, rematado. ¿Te entretuviste cosiendo, Bronco?

Blasco tanteó la culata, introducidas las dos manos entre calzón y estómago.

Ladeó Vargas la cabeza como un ave de presa al acecho.

—Debo advertirte que la pistola que acaricias está sin balas, Bronco. Un consejo para el futuro, si es que te queda alguno. Revisa siempre la carga al acostarte y al despertar.

—Si sospechas algo, debes...

No pudo terminar.

Su oído muy ejercitado no podía percibir el desnudo avance de un indio que había llegado reptando, y que se enderezó en salto felino para asestar el golpe sabino.

Un nervio de buey enfundado en trapo mojado, al chocar contra el hueso posterior de la oreja, era una matraca infalible.

No mataba, pero privaba del sentido al instante.

Cuando Blasco recobró la noción de las cosas, le zumbaba la cabeza como si en su cerebro se hubiese introducido un abejorro.

Estaba de cara hacia el cielo estrellado.

Su desnuda espalda se amoldaba al peludo cuello de un mulo, bajo cuyo cuello tenía atados los codos y las manos.

Sentado entre las alforjas, sus piernas se unían por los tobillos con

soga enlazada bajo el vientre de la montura.

Y el ronزال del mulo iba unido por otra cuerda al pomo de la silla del caballo montado por Vargas.

La caravana estaba de nuevo en marcha.

Empezaba a clarear el día cuando hicieron un alto. Un indio aproximó a la boca de Blasco un cuenco de whisky aguado donde bañaban pedazos de tasajo.

Blasco dio un cabezazo contra el cuenco, haciéndolo caer.

El indio se retiró al oír la breve orden de Vargas.

El caballo retrocedió y Vargas quedó visible para el prisionero.

—Te lo advertí, Bronco. No perdono a los espías. Tú lo eres.

—Si así lo crees, trátame con justicia, no con saña lenta.

—En los carromatos leíste los letreros que decían Vargas y compañía. Ésta decidirá. Yo ya sé que eres espía. No bastó el nudo terminal de la cazadora, sino que además el mapa tenía las puntas redondeadas, poco, pero lo suficiente para demostrar que otro manejó este mapa.

—Todo eso son cábalas tuyas. Si me crees espía, remata, y asunto terminado.

—Si estuviera solo en este negocio, sé muy bien lo que haría contigo. Condenarte a ser un lisiado de por vida. Hacerte quebrar los huesos, y cortar tu lengua. Convertirte en un arrastrado, en una piltrafa humana.

Un estremecimiento recorrió el espinazo de Blasco.

Tenía de pronto el convencimiento de que Vargas haría lo que estaba anunciando.

Un sofoco de indignación tensó sus fibras vocales al replicar:

—¡No hagas tal cosa, Vargas! ¡No lo hagas, porque aunque fuera arrastrándome, daría contigo, y a lo mismo te condenaría! Dame horca, plomo, cualquier final digno de un hombre.

—Otra persona es la que va a decidir.

La caravana reemprendió la marcha.

Iban ahora flanqueando las márgenes exuberantes de un río anchuroso. Los mosquitos acudían en miríadas.

Empezó el tormento para el que, atado a los lomos del mulo, no podía ahuyentar el enjambre que picoteaba vorazmente.

El sol fue horneando su torso desnudo que ardía Bajo el escozor de las mordeduras de los alados insectos.

Fue hinchándosele el rostro. También la lengua. Pasosa, agrietada por el martirio de la sed.

Un sabino, quizá apiadado, le echó por encima una tela ligera, mojada, que le alivió.

Al atardecer, la caravana se detuvo.

Alzaron la tela y el mismo indio le presentó un cuenco con el líquido y la carne.

Movió Blasco la cabeza a un lado y otro, crispados los labios.

Vio entonces que en aquel paraje sombreado, junto al río, había varias lanchas.

Largas, planas con toldo central. A proa y popa, dos hileras de mulos, cargados de pesadas alforjas.

Eran agujijoneados hacia tierra.

Los que llevaban las alforjas vacías pasaban a las lanchas siendo atados a las barras de borda.

Y apareció la mujer.

CAPÍTULO IX

Era alta, cimbreña. Vestía breve corpiño rojo y falda listada de varios colores.

Sus negros cabellos le pendían ondulados cayendo sobre los desnudos hombros morenos.

Una visión deleitosa para. Mart Blasco.

Los ojos femeninos eran vivaces, aterciopelados. La boca ancha y sensual tenía un mohín goloso.

Su silueta de curvas resaltando por contraste su esbeltez, se recortaba sobre el fondo blanco del toldo central.

Al interior, en la única mesa que era también litera, Vargas, sentado, echaba sobre ella el trozo de cazadora y el mapa.

Frente a él, un individuo cuarentón, de perfil aguileño y recia musculatura, se abanicaba con el sombrero tejano.

Alex Vargas, al entrar se había limitado a decir:

—Hola, Lorenz.

Con la misma sequedad replicó Lorenz:

—Hola, Alex.

Y después, señalando la media cazadora y el mapa, inquirió:

—¿Qué ha ocurrido?

Alex Vargas explicó la huida de Cork, el rescate del mapa y el enrolamiento de un fugitivo, cuyo nombre no citó.

Su oyente dijo:

—Tendremos que cambiar la ruta. Muerto éste espía, mandarán otros.

—El espía no ha muerto.

—¿Y a qué esperas? Si es para sonsacarle, tiempo perdido.

—¿Por qué?

—Está claro. Quisieron que continuase la misión de Cork, lo cual demuestra que si bien sospechan, no saben nada en concreto todavía. El mapa no pudo revelarles nada. Ocúpate pues de matar ya al espía.

—A ti te toca decidir.

Lorenz Vargas replicó extrañado:

—¿A mí? Tú eres el capitán de tu goleta, como lo soy yo en la mía y en mis caballistas. Y nunca te pedí que solucionaras mis contratiempos.

—Ya. Y por esta misma razón, tendrías que haber adivinado tú, que eres el mayor, el cerebro, que algo pasa con el espía. A otro ya le hubiese hecho ahorcar o tundir hasta la mutilación. Pero a éste, tú lo sentencias.

—¿Se puede saber por qué?

Los dos se hablaban sin el menor asomo de fraternidad. Muchos años de recorrer salvajes senderos de contrabando de todas clases, había endurecido a los hermanos Vargas.

Alex hizo con el pulgar un gesto hacia tierra, invisible por estar echadas las lonas y las telas mosquiteras.

—El espía se llama Blasco. Le conocen por Bronco.

Lorenz Vargas irguió el busto como si acabase de recibir un aguijonazo. Se abanicó con más brío.

Añadió Alex Vargas:

—Mal podía yo dar muerte al que tú diste vida en una cabaña de la costa norte mexicana de Dos Fronteras.

Lorenz continuó en silencio.

Con mayor aspereza en el tono, su hermano comentó:

—Bien sabes que no me muerdo la lengua, Lorenz. Dejaste en paz tu conciencia haciendo que cada mes, desde Galveston, le fuera enviada una pensión no muy generosa a la mestiza que te amó.

—Fue una simple aventura de juventud.

—Allá tú, pero ha quedado bien claro que esto que llamamos casualidades, son algo más raro, llámese Providencia, cielo o infierno. A ti te toca decidir con respecto a Bronco Blasco, tu hijo. Es cosa muy tuya, ¿no?

—No tengo por qué darte explicaciones, pero bien te consta que ni siquiera vi nacer al hijo de Mirta Blasco. Fue un amorío de escala. No tengo ninguna obligación con él.

—Puede... Pero lleva tu sangre. Antes, cuando nos teníamos más apego, me confesaste que de todos tus amoríos, sólo el que tuviste con Mirta Blasco fue hondo y sentido. Ya, ya... Te llamaba más la aventura y hacer mucho oro. Creíste cumplir enviándole cuatro cochinos pesos al mes. También habrás cumplido rematando el asunto.

Crispando las mandíbulas ostentó Lorenz Vargas una expresión amenazadora, pero su hermano prosiguió implacable:

—¿Qué importa que Bronco sea un brote del árbol Vargas? Bah... Total, lo tuviste abandonado veinticinco años. Córtalo ya de raíz. Y con añadir cuatro cochinos pesos más por mes, todos contentos.

—¿A ti qué te va en esto?

—Nada.

Y Alex Vargas sonrió despectivo:

—Comprenderás que si en ti no hay el menor instinto paternal, ¿qué va a haber en mí?

Rió bruscamente al añadir:

—Total, yo soy el tío lejanísimo de la criatura. Y es como dicen los españoles. Para ti y para mí, es cómo el que tiene una jaca en «Grana» que ni tiene, jaca ni tiene «ná». Bien, por mí, ultimado el caso. He de regresar. Dame el nuevo mapa.

Lorenz sacó del bolsillo una funda de mica que colocó sobre la mesa.

Extrajo Alex otro pergamino idéntico al examinado por Saldaña y el piloto Masters.

En su diseño y líneas era idéntico.

Pero al pie, la anotación cambiaba. Donde en el otro decía: «Ciudad de los Césares —6853», en éste decía: «Triángulo— 952».

Guardándose el mapa dijo Alex:

—Esta vez, muy cerca. Y peligroso a más no poder.

—También esta vez es doble tu parte. Y va a ser el último transbordo porque, por lo visto, el Servicio de Inteligencia está ya metiéndose en nuestro rastro. Tendremos que cambiar la ruta, y por algunos meses mejor que seas solamente alguero, como yo seré conchero.

—De acuerdo. ¿Y el espía dónde te lo transbordo?

—Aquí.

—¿Suelto o tal como está?

—Como está.

—Buen viaje, Lorenz. Ya mandarás aviso si hay novedades.

—Ya mandaré aviso. Buen viaje, Alex.

Saltó Alex a tierra.

Un aroma nuevo se mezclaba al insistente de la navegación. Lo desprendían las cargadas alforjas.

Nitrato de piedra. Blanquísimo, casi delicado.

El nitrato que recogido en los desiertos lindantes entre Texas y Luisiana, podía servir en la paz como abono de fértiles campos.

En la guerra, como materia prima de potentes explosivos.

Al llegar Vargas junto a su caballo, desprendió la cuerda que se unía al cabezal del mulo en que se hallaba atado Blasco.

Tendió la reata a un luisiano.

—Amárralo a la barra de la lancha del capitán Lorenz. Bueno...

Adiós, Bronco. Perdiste la jugada. Nada tengo ya que ver contigo.

Alzó Blasco los pesados párpados, plomizos e hinchados.

—Adiós, tú... Pero puede que nos volvamos a ver, tú... Y lamentarás no haberme dado muerte rápida.

Ensilando, Vargas volvió grupas.

Los componentes de su caravana iban alejándose, llevándose a cambio los mulos descargados, los traídos por Lorenz Vargas transportando nitrato.

Blasco sufría los tormentos de una sed horrorosa. Como entre sueños, vio moverse a los de las lanchas, manejando largas pértigas que hacían deslizarse las planas embarcaciones por el río.

A instantes, Blasco sonreía rabiosamente.

Llevaba cosidos en el calzón mil dólares. Y a cinco pasos había una mujer de ensueño, de las que él calificaba de «real hembra».

Y estaba peor que nunca había estado en su accidentada vida.

A cabo de un tiempo que no pudo precisar, alguien encendió una linterna.

Le costaba abrir los ojos, y su mente se oscurecía.

Oyó una voz seca, hablarle desde muy cerca:

—Quedarás libre. Podrás beber y comer cuanto se te antoje. A cambio de muy poco. Basta que digas quién te mandó a espiar.

Blasco trató de escupir por entre sus labios resecos, pero su garganta sólo emitió un ronco rugido.

La voz ordenó:

—Dale de beber, Olimpia.

Por entre sus pestañas vio Blasco que ella era la mujer con la que soñaba delirante. Aquel rostro femenino tan cerca. Otro martirio más.

Cabeceó con último resto de energía, para volcar el jarro.

La voz masculina comentó:

—Además de bronco eres estúpido. Pero tienes oídos. Mi hermano Alex y yo llevamos a medias un gran negocio. Por lo que sea, ni él quiso darte muerte, y a ser posible, tampoco quiero yo. Pero habla, ¡condenado!

—Mejor que me despaches pronto, que muerto el perro, muerta la rabia. Por cada mosquito que me picó, cien ronchas levantaré en tu pellejo... a medias con tu hermano... No es de hombres lo que hacéis conmigo.

—Eres un espía. Y si estuvieras en mi lugar...

—No te humillaría. Te daría muerte sencillamente. Pero yo soy yo, y tú... vete a saber lo que eres.

—Soy Lorenz Vargas, capitán de la goleta *Monte West*.

—Pues dame pronto muerte, porque si escapo, maldecirás haberme tratado así.

Mart Blasco dejó de hablar porque había consumido el resto de sus energías. Se sumió en honda modorra.

CAPÍTULO X

Seguía Blasco hundido en profundo letargo. Roncaba gangosamente. La mujer llamada Olimpia habló por vez primera:

—Fiebre de morriña, Lorenz. Fíjate en el color de las hinchazones, y el ronquido es el de la morriña.

Un explorador, de raza galaica, fue el que denominó así la fiebre especial producida por los mosquitos pululando por los desiertos y la rala vegetación de la zona luisiana de Lake Charles.

Una fiebre que se caracterizaba por una breve agonía, o largas jornadas de pesado sueño, interrumpido por escasos minutos de lucidez.

Lorenz Vargas masculló:

—Si puedes, cúralo. Ha de hablar. Ha de decir quién le mandó. Necesito saberlo, Olimpia.

—Para que pueda hablar es necesario que beba whisky de centeno del que tienes guardado. Y que beba también infusiones de hierbas.

—Haz lo que sea, pero que hable... si no muere.

—No morirá, porque es robusto, y no hay cerco blanco en la moradura de las hinchazones.

A partir de aquel instante el mundo fue para Blasco algo que se componía de largos sueños sin ideas claras y bruscos despertares.

Sentía todos sus miembros como algo independiente, algo sin vida.

Y en aquellos despertares, siempre lo mismo. Una mujer de negros ojos afectuosos que le sonreía, diciendo:

—Si no comes ni bebes, no volverás nunca a ser hombre.

Mart Blasco bebía y comía cuanto le presentaba aquella real hembra que se sentaba sobre el suelo, al lado de la estera de cáñamo donde él sudaba copiosamente.

No podía hablar. Hubiese querido preguntar dónde estaba y quién era ella.

Ya no estaba en una lancha plana, sino en un camarote de la goleta *Monte West* que emproaba hacia el Sur.

También ignoraba que tras quince días de fiebres agudas, asomó Vargas para contemplarle en silencio, y al fin decir:

—Debe hablar, Olimpia. Pronto llegaremos. Debe hablar.

—Lo hará. Ya me cogió confianza.

La goleta se inmovilizó en una cala del islote tejano de Matagorda. Vargas bajó a tierra. Aquélla era una etapa en el recorrido que el nitrato seguía desde las minas hasta los sollados de un submarino dedicado exclusivamente a este transporte.

Lorenz Vargas comunicó al enlace que las goletas de los Vargas eran ya acechadas por el espionaje de la Agencia Pinkerton, y que la compañía Vargas había decidido suspender aquel tráfico por cierto tiempo.

El enlace, muy colectivo, replicó en excelente inglés:

—Es sensible que deba recordarle que usted se comprometió a llevar la mercancía. Mi compañía pagó precios elevados, sin oponer reparos. Mi compañía sigue precisando estos suministros.

—Un espía ha muerto a bordo de la goleta de mi hermano. Continuar el tráfico sería perjudicial.

El enlace hizo un ademán evasivo, pero sus ojos azules destellaron glacialmente.

—La conveniencia de suspender o continuar en dicho tráfico es una decisión que incumbe a mi compañía, capitán.

—Hablemos claro, Herr Jurgens. Su supuesta compañía no es más que una pantalla cuya finalidad es surtir de explosivos a los alemanes.

—Al igual que su compañía de abonos agrícolas no es más que una asociación de contrabandistas que llevando el nitrato al submarino, percibe unos cuantiosos beneficios. Por lo que se refiere al posible espionaje fue un riesgo del que ya le previne. Y ahora, ¿qué quiere? ¿Retirarse al primer síntoma de peligro?

—Busque otros contrabandistas. Sobran.

—No de la clase de Vargas y Compañía. Ya deben seguir hasta el fin. Tome. Estos dos mapas son los de la próxima remesa. Usted ahora la cargará en...

—Me niego.

—Le ruego que reflexione. Yo soy un simple enlace, pero puedo predecirle lo que sucedería si mantiene su negativa.

—Diga, a ver.

—Le hundirían la goleta, torpedeada apenas salga a mar abierto. Si se queda en tierra firme, enviarán un grupo de pistoleros a

exterminarles..., No, por favor, nada de violencias. Usted es mucho más fuerte, pero matarme a mí, no haría variar en nada su futuro destino.

Vargas colocó las manos a sus espaldas, para evitar la tentación de estrangular a aquel sujeto que hablaba con fría precisión matemática.

—Es usted inteligente. Sabrá evitar que le capturen los del espionaje. Cambie las rutas, pero que sea entregado el nitrato. Aquí tiene el dinero. Puede contarlos. Son dólares en circulación legal. Y cualquier tripulante del submarino que corre muchos más riesgos que usted, apenas percibe diariamente diez centavos de dólar.

—Pero sirve a un ideal. Yo no.

—Por esa misma razón, al igual que usted cobra una fortuna, no puede desertar sin ser condenado a una muerte segura.

—Bien, haré este viaje, pero en interés de nuestras dos compañías, será mejor se busque otra que no sea la mía.

—Consultaré. A su regreso, aquí mismo, le diré lo que ha decidido mi compañía.

Herr Jurgens consultó.

La respuesta fue tajante, telegrafiada clandestinamente en código cifrado. Los pitidos de la emisora iban siendo traducidos por Herr Jurgens.

«Colabore plenamente destrucción total goletas y tripulantes compañía Vargas inmediatamente efectuada entrega mercancía».

Lorenz Vargas miró a Olimpia que entraba en su cámara.

—Está ya curado. Pero la fiebre fue larga y la mentalidad del prisionero no ha reaccionado aún. No creo que sea muy inteligente. Es un bruto sin la menor cultora.

—¿Por qué lo sabes tan de seguro?

—Ha delirado. Su historial es algo estremecedor. A los dieciséis años manejaba la pistola como echador en cantinas. A los diecinueve formó parte de los macheteros que asaltaron fortines tejanos.

—Que fueron mexicanos antes. Eran guerrillas. No es un asesino.

—No digo tal cosa. Pero era escalofriante oírle. Cabalgó con Pancho Villa y abandonó porque no acepta mandones y dijo que Pancho Villa se puso bravo exigiendo uniformes y disciplina. Luego... en sus delirios más que describir amores, describía canibalismo... ya

que parecía comerse a las mujeres que citaba muy Cariñosamente.

—Todo eso son cosas naturales en mozo robusto y aventurero. Pero lo que me interesa no es esto.

—Te lo he contado porque no es posible que el espionaje haya empleado a un bandido semejante, tan... tan brutalmente sencillo.

—Escucha un poco, Olimpia. Hace dos años que te adopté porque eras la hija de mi único amigo. Te gustó la aventura y ya no quisiste continuar en tu pensionado de señoritas remilgadas de Nueva Orleáns. Preferiste vivir a bordo de mi goleta. Has jurado obedecerme, ya que en ti nunca vi a la mujer bonita, sino a la chiquilla que conocí hace diez años, y te he tratado casi como si fueras mi hija. Y ahora te mando que no pienses por tu cuenta ni hagas deducciones femeninas, sino que hagas lo que yo te ordeno. Has de lograr que éste espía hable.

—Es muy torpe de seso.

—¡Pero es un condenado espía que ha hecho fracasar un negocio como nunca más se me presentará otro igual! Y me ha puesto al borde del peor peligro.

—¿Cuál, si puedo, saberlo?

—Que me aniquilen los mismos que hasta ahora me han pagado. El alemán me ha amenazado discretamente. Y me consta que apenas haya yo descargado el nitrato no descansarán hasta hundir mi goleta y hacer que sus pistoleros nos liquiden.

Junto al camarote, en el exterior, un hombre escuchaba.

Se retiró al oír la respuesta de Olimpia Retama:

—Trataré de averiguar.

En la estera, Blasco, echado y sin manta, abrió los ojos. Iba sintiéndose resucitar.

Ni su sueño era tan pesado, ni en su mente había tanta oscuridad. Le fascinaba la enfermera.

Y sonrió con agrado al verla entrar con el jarrito de whisky con limón y la bandeja de frutas. Rió Olimpia:

—Ya estás casi bueno.

—Tú sí que estás... Bueno, mejor voy a ponerme si me das ron y carne. Tanta fruta me da la idea de que soy un mico. Tengo una flojera espantosa. Y dime, guapeza... Siempre te apartas como si me tuvieras miedo. Y yo me huelo que si estoy vivo es gracias a ti.

—No te tengo miedo, pero no quiero que te imagines cosas que no

son. Me ves a bordo de un barco, única mujer y puedes creerte lo que no es.

—Yo seré poco ilustrado, pero se echa de ver que eres una damisela, bueno una señorita con estudios. Y no se puede negar lo visible. Que estás preciosa, imponente...

—Bebe y come. Hablo yo ahora, Bronco.

—Lláname Mart, que somos amigos, caray, guapaza, que estás...

—Bebe y come. Y has de saber que me llamo Olimpia Retama. Fui adoptada por el capitán de esta goleta, hace dos años. Mi padre era su mejor amigo y yo salí del pensionado porque quería ver mundo.

—Toma. Igualito que yo, salvo lo del pensionado, claro.

—Has pasado largas fiebres, pero no me engañas. Sabes ya por qué estás prisionero. Porque te creen espía. No hables aún. Yo tengo que obedecer al capitán, y quiero demostrar que no puedes ser espía. Ayúdame. Sería horrible que el capitán te diese muerte. Sería terrible que la codicia del oro, impulsara al capitán Vargas a cometer un acto tan inhumano.

—Dame ron y carne, para que vuelva a ser yo del todo, Olimpia linda. Te comprendo a ti, pero no acabo de entender por qué Vargas no me ha tirado ya a los tiburones.

—A eso vamos.

Tres palabras que pronunció Lorenzo Vargas entrando.

Cruzados los brazos contempló al prisionero, medio incorporado en la esterilla.

—La goleta va a zarpar, posiblemente para su último viaje, Bronco. Por tu culpa. Y la has de pagar. Ven, Olimpia.

En cubierta, hizo Vargas una señal a dos hombres que esperaban, los cuales, entrando, no tuvieron la menor dificultad en atar las manos y tobillos del desmadejado Blasco.

En cubierta, comentó Vargas:

—Has dicho que sería horrible que la codicia del oro me hiciese matar a éste espía, Olimpia. No es inhumano matar a un espía. Es defenderse.

—Oí lo que tu hermano te decía, Lorenz. Me obligaste desde un principio a tutearte, porque decías que lo contrario te envejecía. Mi padre murió a tus órdenes. Él eligió esta vida peligrosa, y no tienes culpa. Hasta ahora te respeto, pero serías un monstruo si dieras muerte a tu propio hijo.

—¿Le dijiste a él algo de lo que escuchaste?

—No, ni he de decírselo. Sé que odia al padre que le abandonó.

—Vuelve con él. Puedes darle ron y carne; Que se fortalezca.

—¿Qué harás con él?

—Lo sabrás a su tiempo.

En la cocina recogió Olimpia la garrafito de ron y la fuente de carne asada.

El cocinero hizo un comentario que supuso irónico:

—Es como cebar al marrano antes de matarle.

Blasco había cambiado de postura.

Ahora, al fondo del carromato, se mantenía en pie.

Gracias a las cuerdas que sujetaban sus brazos y piernas a la barra de hierro que sobresalía del tabique.

Casi con timidez, dijo Olimpia:

—Yo me limito a obedecer, Mart.

—Haces bien. Hay que ser agradecidos. ¡Caray, qué bueno! Este olorcillo me llega al alma. Y de tu mano, la carne me será aún más sabrosa. Y el ron pura ambrosía.

Cuando el ron y la carne reposaban en el estómago del prisionero, dijo Olimpia:

—Creo que será mejor que hables y digas la verdad, Mart. Piénsalo.

La goleta se alejaba del islote, internándose para no contornear el litoral tejano.

Olimpia pasó tras la cortina tendida que separaba en dos el camarote. La grata tibieza del ron y el alimento, amodorraron a Blasco que, reclinada la barbilla sobre el pecho, dormitó.

Le despertaron unos susurros. La noche estaba muy avanzada.

Los cuchicheos produjeron en Blasco una extraña desilusión. Estaba convencido que Olimpia era una señorita.

Pero tras la cortina era un hombre el que cuchicheaba.

La cortina se descorrió y envuelta en un chal, apareció Olimpia para encender la linterna.

Anunció nerviosamente:

—Hay un motín a bordo, Mart Blasco.

CAPÍTULO XI

Mart Blasco no contestó. Reía silenciosamente.

Manifestó ella angustiada:

—Se han rebelado todos y ahora es Buck Acosta el que capitanea la goleta. Ha venido a explicármelo todo. Vargas está preso.

—Qué bueno. Le salió la roncha.

—Antes que te explique lo sucedido, tengo que hablarte, Mart. Seas o no espía, me dijiste que la gratitud es propia de gente cabal.

—Lo es. Por esto te agradezco cuanto haces por mí, tú la más retrechera ondulona que he visto, y de mujeres algo entiendo, por fuera. Eres bonita con agobio y señorita hasta abrumar.

—Ahora esto... sobra. Corre peligro el capitán Vargas.

—¿Y a mí, qué?

—Puedes quedar libre si me juras que no consentirás que le ahorquen.

—¿Cómo voy a consentir o disentir, si estoy amarrado?

—Si quedas libre, ¿juras no permitir que ahorquen a Vargas?

—Juro no permitirlo, y cumpliré.

—No basta. Has de jurar que tampoco tú lo vas a ahorcar.

—Sabes tú mucho —rió Blasco admirado—. Juro que no lo ahorcaré. Y ahora dime de qué va todo este lío.

Ella iba destrabando los nudos.

Libre, se frotó Blasco piernas y brazos, yendo a sentarse en la litera aún tibia.

—Vargas ganaba mucho dinero en un transporte, pero al saber que era espiado decidió abandonarlo. Los que le pagaban, le han amenazado. Y él sabe que tan pronto entregue el nitrato a la caravana de su hermano, todos a bordo corren peligro. Esto lo oyó Acosta, el segundo de a bordo. Por esto ha amotinado a los demás. Han decidido salvarse entregando a los hermanos Vargas y la carga, a las autoridades tejanas. Saben que con la entrega del nitrato, serán internados por la duración de la guerra, salvándose así de la venganza de los que pagaban este contrabando. ¿Lo has entendido, Mart?

—Sí. Venden a sus jefes, para halagar a otros, y librarse de una muerte casi segura. Pero ¿yo qué pinto en este potaje?

—Acosta sabe que eres un espía de la Pinkerton, y así tú serás el defensor de la tripulación contrabandista ante las autoridades tejanas con tu declaración.

Blasco prorrumpió en breve carcajada, antes de afirmar:

—¡Ay, qué bueno, caray! De perro con cadena, paso a ser el patrón. Ya me huelo por dónde tiran los amotinados. Me sirven, porque suponen que habré de servirles. Bien. Yo les defenderé, y serán internados en espera de que se acabe el zafarrancho.

Acababa de meditar que quien como Buck Acosta escuchaba las conversaciones ajenas, estaría escuchando también ahora.

—¿Y tú qué pintas en esta baraja, Olimpia?

—También seré internada.

—Empecemos por el comienzo. Clarea el nuevo día, y ya dispongo de mi persona. Tráeme ropa. Me gustó la que viste Vargas. Tendrá mudas, ¿no? Y más o menos, somos de la misma talla.

Asintió ella, volviendo al poco con un uniforme blanco mercante, del que solamente cogió Blasco la guerrera que revistió sin abrocharla.

—Llama a Buck Acosta.

Salió ella para regresar en compañía de un individuo alto y flaco.

—Hola, Buck. Cambiaste de dueño, tú... De momento, dime si conoces el rumbo que debía tomar Vargas.

—Sí, señor. Le dio ya cita a su hermano en el mismo paraje.

—Pues te toca llevar el barco para allá, que del resto me encargo yo. Los tejanos pagarán la carga y os internarán si les hablo bien de vosotros. Lo haré si cumplís como es debido. A ti te toca llevar el timón hasta que nos reunamos con el otro Vargas. Ahorita, te largas.

Saludó Acosta, yéndose. Expuso Olimpia:

—Traicionan porque se saben perdidos.

Salió Blasco a cubierta.

Al pie del palo mayor estaba atado Lorenz Vargas. Se fue acercando Blasco.

Con las manos hacía un gesto expresivo como s: ahuyentase moscas. Los que rodeaban al ex capitán iban apartándose. Gritó Acosta:

—¡Fuera todos! ¡A vuestros sitios de maniobra!

Se despejó aquel trecho de cubierta. Blasco se detuvo ante el que entre dientes, imprecaba:

—¡Cochinos traidores!

Asintió Blasco gravemente:

—Lo son y tuya es la culpa. Les dabas dinero y malos ejemplos. Yo te pedí que me mataras, y no lo hiciste. Las tornas han cambiado, tú.

Lorenz Vargas miró fijamente a su hijo, y encendidos los ojos en brillo rayano en locura, rió con silencioso frenesí.

Blasco sintióse molesto.

—Tú... Esta risita es malsana. Te hace daño.

—Si tuvieras ilustración, también te reirías, pero ignoras el significado de la palabra folletín. Es folletinesco lo que me ocurre, porque azarosa es la vida que elegí. Pude matarte y ahora...

Miró de pronto ferozmente a Olimpia que se disponía a hablar, y gritó:

—¡Por la memoria de tu padre, te callas o maldición sobre ti!

Blasco miró de soslayo a la luisiana en cuyos ojos se leía un inmenso horror. Habló Blasco lentamente:

—Le juré no ahorcarte. Ella no traicionó, pero una mujer sola nada puede contra todos nosotros. ¿A qué hablas de folletín? No soy tan jumento como parezco. Bien sé que llamas folletín a los malos golpes que la vida arrea. Pero aquí ¿dónde está el folletín? Sólo hay follón y cambio de mando. Disponías de mí, y ahora dispongo de ti. Nada más. Nada menos.

—Abrevia. Lo que debas hacer, hazlo.

—Lo mismo te dije y ni caso. Te pedí muerte y no una larga agonía de espera. Ser justo es difícil, Vargas. Yo trato de serlo, a mi modo, Yo te voy a dar muerte justa. Podrás defenderte. Allá en tu cámara, los dos. Y el que salga vivo, se las compone para seguir viviendo.

Hablando, iba quitando Blasco el cable que ataba a Vargas al palo.

Atado de brazos, se dirigió Vargas al camarote cuya puerta abría Olimpia.

Un tripulante corrió hacia Acosta que se anticipó a la pregunta.

—Quiere él mismo darle el pasaporte. Y si sale vivo Vargas, hay rifles apuntando.

Blasco entró en la cámara, cerrando la puerta, adosándose en ella. Por el camino había recogido dos cortos machetes.

—Eres testigo que no le doy horca, Olimpia. Desátale los brazos y te quedas o sales. Te aconsejo que salgas, ¿sabes?

—Si queda libre lo matarán los otros.

—Ya es mayorcito para evitarlo, si es que logra matarme a mí. Habla, tú. ¿Sabes manejar machete?

—Sé. Crecí con acero en la mano tajando tallos. Olimpia, te ordeno que salgas. Lo que aquí pase no es culpa de él ni mía. Obedece.

—No podría vivir tranquila de conciencia si te obedeciera, porque... ¡es horrible!

—No lo es. Para él nadie soy, sino un verdugo, y a su modo, el mozo es noble. Buena sangre la de tu madre, Blasco. Quieres vengarte, pero de frente. ¡Desátame, Olimpia!

—¡No!

—Entonces, donde hay dos hombres, sobra la mujer.

—Cabal —aprobó Blasco.

Enlazando por los hombros a la luisiana, la forzó a ir a la puerta. Dejó ella de forcejear. Murmuró al salir:

—Es horrible...

Cerrando la puerta, fue Blasco a cortar con su machete los bramantes que unían los codos de Vargas.

Tiró a sus pies el otro acero, y retrocedió dos pasos. Dijo ceñudo:

—Desde un principio el asunto no me gustó, pero me pagaron mil yanquis y el comisario Saldaña me dio plazo y posible indulto. Yo no le prometí nada fijo. Le afirmé que haría según viera.

—Entonces confiesas que eres un espía.

—Aprendiz con pocas ganas. Pero ahora sobra la charla.

Vargas no recogió el machete y cruzándose de brazos, sonrió extrañamente:

—Vas a llevarte muchos desengaños en la vida, Bronco. La nobleza hoy no se estila. Todo es turbio y sólo hay una verdad. La riqueza. Mi goleta vale una fortuna y es tuya. Véndemela.

—Se nota que has estado siempre entre turbios que sólo saben comprar y vender, A mí me basta con pitanza sabrosa, mi ron de cada día, y los besos de una mujer. Todo el oro de tu goleta ¿acaso me iba a dar más comida de la que puedo tragar ni más ron del que: ledo aguantar?

—¿Por quién luchas? ¿Al servicio de quién estás?

—Al servicio de Mart Blasco y lucho por Mart Blasco. I de aquí, sólo

uno sale vivo y voy a ser yo. ¿Porque soy mejor machetero? No, no... Porque me asiste la razón.

—¿La razón del que finge amistad y espía?

—La razón del que, como yo, todavía no sé siquiera qué manejos os traéis con mapas, mulos, lanchas y goletas. La razón del que vio morir a un gringo inglés, muy contento, sonriendo, y me dijeron que era porque había cumplido con su deber. Así quiero morir yo. Y así no morirás tú, porque sólo tienes un amor. El dinero.

—Comprendo que crees en lo que dices, pero yo pasé de los cuarenta calendarios y sé más de la vida que tú.

—Menos rodeos y agarra el machete.

—Lo haré, ya que así lo has decidido. Pero nos podemos matar sin odio, Bronco Blasco.

—¿Odio? ¿Y esto con qué se come? Tuviste el derecho de disponer de mi vida. Y empleo ahora este mismo derecho. En paz.

—Eres muy joven para ser juez, tribunal, sentenciador y ejecutor, pero es indudable que heredaste sangre muy noble.

—Seguro que sí, pero sólo por parte de madre. ¡Venga, agarra hierro!

Se aproximó Vargas a la alacena empotrada. Sacó una copa de plata y un frasco de cristal tallado. Siempre de espaldas, dijo:

—Podré beber un buen trago antes, ¿no?

—Y fumarte un pitillo también. Qué menos, ya que vas a morir.

Vargas elevó la copa de plata en mudo brindis. La apuró de un traga y fue a recoger el machete.

Mart Blasco sintió una extraña molestia indefinible. En los ojos del hombre con quien iba a luchar a muerte, veía un empañamiento incomprensible.

No era miedo ni odio lo que impulsaba las lágrimas sin formar en los ojos de Lorenz Vargas. Y Blasco masculló:

—¿Qué cosa es, tú? Parece como si sintieras una pena muy honda, y sin embargo hace ya años que debiste acostumbrarte a la idea de que no morirías en la cama de puro viejo.

—La muerte me tiene sin cuidado, porque ha sido mi compañera constante. Tampoco pienso ahora en mi dinero. Ni me apena perder la goleta. Es otra cosa. Sin saberlo antes dijiste algo muy profundo, Bronco. Mencionaste la sonrisa contenta del inglés. Y esto, esto sí que ni puedo comprarlo ni podré tenerla. Y vaya una última

pregunta, Bronco. ¿Conociste a tu padre?

—Mucho interés tenéis los dos Vargas en saberlo. Es algo muy mío y a vosotros ¿qué os va ni os viene?

—Yo lo conocí.

—Ah, vamos. Ya voy comprendiendo lo que en los dos me sentaba raro. ¿Vive el tal?

—Vive.

—¿Y se llama...?

—¿Qué más da? Era un hombre joven, que amó con toda su...

—¡Calla, tú!

—Debo hablarte de él, porque aquel hombre era noble por entonces. Tuvo que huir porque mato en una pelea. Pensó volver, pero aplazaba la vuelta hasta que el tiempo fue pasando, y él... como yo, ya pensó solamente en el oro.

—Y tu mismo fin tendrá.

—Cierto. Pero es curioso que tu madre nunca te hablase de él.

—Porque es muy señora. Fió en la palabra de un canalla sin perdón.

—Él tuvo que huir, como tú.

—Pero si yo tuviera novia a la que diera palabra de boda, al huir, conmigo me la llevaría a ella. ¡Sanseacabó! Agarra hierro o te rajo sin más contemplaciones.

Inclinándose recogió Vargas el machete. Embistió Blasco.

Vargas se batía diestramente, porque muchas veces tuvo que hacerlo en defensa propia y para vencer enemigos en abordaje de tierra y mar.

Blasco luchaba a matar, pero su instinto agresivo le hizo advertir algo increíble.

Aquel rival no ignoraba ninguno de los recursos de la difícil esgrima de tajos. Sus músculos eran los de un atleta endurecido en la veteranía de la aventura sanguinaria.

Y sin embargo «no iba a matar». Era... era como un suicidio. ¿Por qué?

¿Por qué aquel esgrimidor que maquinalmente daba a su muñeca los giros precisos y le ordenaba a su cuerpo los saltos adecuados, se limitaba a esperar la muerte...?

Blasco estaba en su elemento. Una charla que dominaba. Fingió un fallo y presentó el cuello, dispuesto a parar a tiempo.

El machete adversario no bajó.

Furioso, Blasco abatió con fuerza el puño armado contra la frente de su contrincante.

Lorenz Vargas se tambaleó, entrecerrados los ojos. La sangre brotó de la brecha y se abatió de bruces soltando el arma.

CAPÍTULO XII

Blasco se arrodilló, uniendo a la espalda, con bramante, los codos del desvanecido. Le dio vuelta restañando la herida con vino.

Transportándolo a la banqueta, lo sentó atando el remate de los bramantes a un saliente. Fue a abrir y Olimpia irrumpió corriendo.

Vio Blasco los rifles encañonados al final del puente y al reconocerle gritó Acosta:

—¡A su sitio todos! ¡Ganó el que debía!

Sentada junto a Vargas, Olimpia lloraba nerviosa, pero sonreía sin saber a qué se debía aquel inesperado final. Refunfuñó Blasco:

—Lo mismo que a mí. Pitanza y bebida. Éste jugó raro. Era... como si quisiera suicidarse. Y a mí nadie va a emplearme nunca de verdugo. Que se las entiendan con él los de la ley.

Fue al timón, donde asía Acosta los gubernalles.

—No le maté. Queda prisionero. Los tejanos se encenderán con él. Me avisarás cuando lleguemos al alcance del otro Vargas.

Blasco se acodó en el pasamanos, mirando hacia el mar. Ya creía, haber adivinado la causa del «suicidio». Dando por perdida su goleta, sin poder ya disfrutar de su fortuna acumulada, Vargas había preferido morir a manos de un rival, que ahorcado, por los de la ley.

En el camarote, recuperó el sentido Vargas. Dijo Olimpia rápidamente:

—No sabe nada. No te mató porque dice que te quisiste suicidar. Te entregará a los tejanos.

—Queda mi hermano. ¿Qué haces tú aquí?

—Cuidarte. Acosta y los otros vigilan con rifles.

—No seré tan necio como para pretender escapar.

Cuando entró Blasco vio a Olimpia vendando la frente de Vargas. Sentándose en la mesa, decretó:

—Vosotros, la gente ilustrada, sois poco claros. Si querías suicidarte haber escogido a otro. Éste es tu camarote y aquí te quedas. Fuera hay rifleros deseando convertirte en colador. Asómate y te mueres. Tú le cuidas, Olimpia.

Fue Blasco al camarote que había sido su prisión, llamando antes a Buck Acosta, que acudió presuroso.

Tendiéndose en la litera de Olimpia, preguntó:

—¿Qué has planeado, Buck?

—Los de Alex Vargas no quieren a lo mejor entregarse. Les atacaremos por sorpresa y los barremos.

—Ojito, que hay un detalle. El otro Vargas que llamas Alex ha de estar muy vivo, porque me las ha de pagar a mí.

—Haré que lo atrapen vivo.

—Y hazlo lo mejor que sepas, o si no, te buscas un agujero de topo, del que si no te encuentran los unos ni los otros, yo sí que te sacaré para despellejarte. Y ahora ponme clarito todo este potaje de los mapas.

—El mapa que usted vio donde al pie decía «Ciudad de los Césares-6853» señalaba el sitio exacto donde emergería el submarino a recoger la carga de la goleta. Longitud y latitud, la señalan con los números las tres palabras cuyo significado no sé. Y los cuadros con rayas señalan el cerco que los submarinos no pueden pasar, pero sí una goleta alguera o conchera.

—Total, que la cosa está en lo escrito abajo. Bueno, ya puedes escampa y a lo tuyo. Oye, Buck... Olimpia anda por donde quiere y nadie la mira, o se queda ciego. ¿Me entiendes?

—Cabal, cabal, patrón. A la orden siempre.

Al tercer día de navegación, en la borda, junto a él vino a acodarse Olimpia.

—Hola, hermosa.

—Me gustaría saber lo que te propones.

—Volver a mi terruño. A mí sólo me queda un asunto pendiente. El otro Vargas me dijo que si hubiese podido disponer de mí me hubiese convertido en un tullido. Y era capaz. Ésta me la paga. Y a éste sí, que aunque quiera suicidarse, que lo dudo, lo rajo de coronilla a tacones. O lo relleno de plomo.

—Acosta entregará a Lorenz a los de la Pinkerton.

—Cómo si lo quiere entregar a los de la Cofradía de Ursulinas.

—Lo ahorcarán. Y si yo... ¿y si yo te pidiera que salvases a Lorenz?

—El vicio no está en pedir, sino en dar.

—No siento amor por ti, Mart, pero... sí algo extrañó, porque eres...

—Lo que soy me lo sé. Eres linda, me gustas más que el ron, por ti

bebería hasta agua, y no te reprocho que pretendas salvar a Vargas. Pero no te sacrifiques, paloma, porque no soy pichón que cambie de parecer porque le enseñen oro o una mujer se le entregue. Y tan amigos, ¿eh?

Sonrió ella, conmovida:

—Creo que hay pocos hombres como tú, Mart.

—Esto dicen todas las que me tratan de cerca.

En el resto del viaje no volvió a aparecer Olimpia. Trataba de razonar consigo misma que la creciente atracción que le inspiraba Blasco podía calificarse como la fascinación del bárbaro, del hombre rudo y leal dentro de su brutalidad.

Por su parte, Blasco decidió que a las mujeres nadie podía entenderlas, pero bastaba con amarlas. Y sentíase muy dispuesto a amar como nunca...

Una mañana acudió Acosta con el largavistas. Dijo:

—Aquella costa tejana es de Matagorda. Allí están los de Alex Vargas, patrón.

—Pues a lo tuyo y a lo dicho. Quiero a Alex Vargas vivo y coleando. Cuando en un entrante del litoral, ancló la goleta, Blasco no tardó en oír el estallido de una descarga cerrada.

Después un largo silencio. Los lobos habían asestado la dentellada.

Saltó a tierra, y al poco tiempo apareció Acosta:

—Cayeron todos, patrón, pero entre ellos no estaba Vargas.

Siguió a Acosta y fue contemplando uno por uno los acribillados en la emboscada. Reconoció a Bedoya, al negro Tobago, a Greg Campeche...

—Pues sí que eres talentudo, Buck. Escapó el que me importaba.

—Pero dejé con vida a un indio sabino, para que informase.

Señaló al indio atado a un tronco. Era el que había echado una tela mojada sobre Blasco cuando éste sufría el aguijón de los mosquitos.

Se aproximó Blasco:

—Sin miedo, amigo. Tú me diste de beber y me protegiste contra la mordida de los bichos. Se agradece. ¿Qué fue de tu capitán?

—Dejó un mensaje para el otro capitán. Lo lleva aquel de la cara picada.

Con el mentón señalaba a Ric Bedoya, yacente entre los otros cadáveres. Desató Blasco al indio.

—Escúchame bien. Ahora nos llevas hacia las carretas. Si pretendes

escapar te quemarán los rifles. Cuando me vea yo con el otro Vargas, quedarás libre.

Llamó a Acosta.

—Sácale el escrito que lleva encima aquel de la viruela.

Poco después le entregaba Acosta una funda de mica. Leyó Blasco lentamente el mensaje escrito por Alex Vargas:

«Lorenz:

»No debiste aceptar más cargamento. Tengo la goleta vigilada. Espero con los carromatos. Y tomarás el mando. Yo me voy a descansar. Eres el mayor, pero es imprudente seguir el negocio. Vendí la goleta en trato particular. No quiero terminar bailando pataletas al extremo de una sogá. Hay otras tierras donde emplear el oro bien sudado. Te aguardo».

En vez de firma había tres círculos.

Se dirigió Blasco a la goleta, entrando en el camarote, donde Vargas seguía atado.

—Hay una ristra de mulos disponibles. Tú cabalgarás uno, libre de manos. Pero los rifles de tus antiguos esclavos te vigilan ansiando mandarte al infierno apenas intentes escapar. Y tú, guapa, ya te apañaré alforjas vacías y cómodas. Vamos, desátale.

Volvió a tierra. Poco después salía Vargas apoyándose en el hombro de Olimpia, libres las manos.

En tierra se dirigió Vargas a uno de los mulos traídos por la exterminada tripulación del *Sierra Tex*.

Acudió rápidamente Acosta para apoderarse del rifle contenido en la alforja doble.

La caravana se puso en marcha hacia el ignorado lugar en que aguardaban los carromatos.

Por la noche, Acosta solicitó permiso para atar a Vargas y al sabino.

—Si escapan, alertarán a los que esperan, patrón.

—De acuerdo.

A Blasco todo lo referente a la entrega o exterminio de aquellas hienas humanas, le tenía sin cuidado.

Llegado el caso, se ocuparía exclusivamente de salvaguardar a Olimpia. Adosado a un tronco, miró con deleite a la que se acercaba.

—Buenas noches, Mart.

—Lo son, ya que te veo.

—Nadie enciende fogata. ¿Adónde piensas ir después, Mart?

—Soy casi rico, ¿sabes? Tengo mil «yanquis» bien ganados. Y tú, ¿dónde irás?

En la penumbra sonó trémula la voz femenina:

—No sé... Tengo una carta que me ha escrito Lorenz que depositó todo su dinero en un Banco de Galveston, y allá, con esta carta, me enviarán mensualmente doscientos dólares toda mi vida.

—¡Ay, caray, qué bueno! Además de rica hembra eres ahora una hembra rica. Lo que faltaba ya para hacerte la mujer más ansiada del mundo...

De pronto, Blasco se calló.

Acababa de descorrerse un velo, iluminando tinieblas.

Sus uñas se hincaron en la palma de sus manos, al cerrar convulsivamente los puños.

Galveston... Un Banco... Pensión mensual...

Procuró hablar con indiferencia:

—¿Y qué más piensas hacer?

—Soy hija de aventurero. Y en el pensionado me consideraban una rebelde... Si el hombre que me quiera, me pide por esposa, ya no estaré sola, ya que la esposa ha de seguir por todas partes, para bien y para mal, a su hombre.

—Así es. Bueno, tengo sueño, hermosa. Mañana nos vemos, guapa.

Ella se levantó. No había faltado a ninguna promesa.

Lorenz Vargas le había dado un documento que equivalía a una pensión vitalicia. No le había prohibido citar Banco y ciudad.

En la noche, aguardó anhelante, pero Blasco no se acercó al sitio donde su padre estaba atado.

A la claridad del día, Mart Blasco en vez de cabalgar a retaguardia, pasó al frente.

Así no podía ver al que fue «un joven aventurero que amó» en tiempos ya lejanos.

Y al tercer día de cabalgar por parajes desérticos, de propicia vegetación se cumplió el refrán que Blasco repetía con frecuencia:

«Los que ponen cepos, se pillan algún día en ellos». Atravesaban una barrancada en el laberinto peñascoso, cuando en el bochornoso día ardiente, estalló una imprevista tormenta. Precedida por el repentino silbido colérico del plomo, el fogonazo de las descargas y el eco de sus estampidos mortales.

CAPÍTULO XIII

Las cerradas descargas del experto tirador, abatieron certeramente uno tras otro a los tripulantes del *Monte West*.

Sobre Mart Blasco habían caído en racimo tres indios sabinos apostados como avanzadilla, derribándole.

Rompió la mandíbula de uno, dejó sin sentidos al segundo, pero el tercero ya había rematado la lazadera que le inmovilizó prietamente los brazos contra el cuerpo.

De la cima cercana surgió Alex Vargas, humeante el fusil ametrallador. Marca «Maxim», francesa, arma poco conocida aún por Texas.

Por el suelo se esparcían, acribillados, Acosta y los restantes amotinados.

Pie a tierra, Lorenz se apoyaba en los hombros de Olimpia.

Los mulos desparramados emprendían un trote alocado. Iba descendiendo Alex Vargas, hasta que se detuvo ante su hermano mayor, que dijo adusto:

—Bien llegado, Alex.

—Y tanto... Mandé a un explorador que me avisó de la extraña formación de tu caravana. Ahí están los dos carros, pero sería insensato cruzar la frontera. No obstante, tú dispones de lo tuyo.

—Huir hacia el Sur, es lo más atinado.

Ambos miraban a Blasco, estrechamente inmovilizado por la doble lazadera. Dijo Lorenz:

—No sabe quién soy. Me sentenció a morir luchando con él, y al no pelear yo a muerte, me tumbó de un puñetazo.

—Allá tú con él, Lorenz. Yo me limité a no meterle plomo.

Alex Vargas hizo un gesto. Y los tres sabinos que entre sí se atendían las magulladuras, emprendieron la retirada hacia sus tierras, seguidos por el que había servido forzosamente de guía.

Olimpia esperaba anhelante a espaldas de Lorenz. Algo más alejado, el otro Vargas, dijo con indiferencia:

—Decide pronto, Lorenz. Hay prisa.

—Hay prisa, Bronco Blasco. Ya lo oíste. Y allá hay dos carros. Uno

para ti... y para ella si quiere acompañarte. A mí, ella me estorbaría porque tengo que huir. Me diste trato de hombre, Bronco. Justo es que te corresponda.

Blasco entornaba los párpados. Temía que en sus ojos se trasluciera el secreto que ya sabía.

Extrañado, dijo Lorenz:

—Acostumbras siempre a mirar de frente, Bronco. ¿Tanto te duele no haberme entregado a los Pinkerton?

—El que hacía la entrega era Acosta. Yo solamente quería poderme ver libre de manos ante aquel otro Vargas.

Y velada la voz por súbita ronquera, añadió:

—Dale gracias a que estoy atado, Lorenz Vargas. He ido adivinando porque no me mató tu hermano, y porque tú tampoco... Lo triste es que ya ni siquiera puedo odiarte... ¡No te acerques, tú...!

Lorenz dio atrás el paso, que impulsivo había dado al frente. Ceñudo, replicó:

—No iba a darte abrazo ni mucho menos, sino que quería hablarte de más cerca, Bronco.

Apremió Alex:

—Hay prisa, Lorenz.

—Escucha, Bronco Blasco... Eres joven para saber perdonar, y razón tienes al considerarme un canalla, pero ahora ya te consta que las cosas no salen siempre como deseamos. Soy culpable porque quise riqueza...

—Hay prisa —atajó Blasco lívido—. Tu hermano otea el horizonte. Hay prisa, si quieres huir.

Giró bruscamente Lorenz sobre sus tacones, tropezando casi con Olimpia cuya mejilla acarició. Dijo:

—Trata de evitar que él termine como yo. Adiós.

Se alejó corriendo, para empuñar el fusil ametrallador que su hermano le tendía.

Desapareció peñas arriba y pronto se oyó el crujido de la carreta alejándose.

Olimpia fue desatando la lazadera. Blasco ascendió la vertiente y al llegar a lo alto vio ya muy lejana la forma traqueteante de la carreta.

Otra carreta idéntica, llevaba un cartelón de Vargas y Compañía.

En el suelo del pescante brillaba el metal, de un fusil ametrallador.

Musitó Olimpia:

—¿En qué piensas, Mart?

—Si huyen es que se saben perseguidos. Y no veo claro... ¿Voy tras ellos porque quiero atraparles? ¿O es que quiero seguirles para... ayudarles?

—Lo que tu alma te aconseje, bien hecho estará, Mart.

Subió Blasco al pescante, y ella sentóse a su lado.

Restalló riendas y el tronco de cuatro caballos, bajó por la cinta polvorienta donde lejos, a unos kilómetros, una blanca nube señalaba la estela de los hermanos Vargas en su huida.

Llevando las riendas, Lorenz Vargas no hablaba. Su hermano miraba a ambos lados de la única senda accidentada que conducía a la frontera mexicana.

Y de pronto, tras una curva quedó visible el carromato atravesado a lo ancho de la senda.

Varios hombres a pie, esperaban, rifle bajo el brazo. Tenían el clásico aspecto de tiradores a sueldo.

—Pistoleros pagados por Herr Jurgens, Alex.

—Dale vuelta al carro.

—No sirve. Mira atrás.

A un centenar de metros aparecían jinetes. Una decena.

Ató Lorenz las riendas al freno. Dijo:

—Nos van a acribillar si seguimos aquí arriba. Mejor estaremos a pie.

—Mala suerte, hombre, pero podemos salir de ésta, Lorenz.

Saltaron los dos, uno por cada lado.

Los jinetes surgidos por entre la arboleda, se detuvieron, apeándose a unos treinta metros.

Los de la carreta lejana fueron montando en ella, para acercarse por la senda.

Lorenz retrocedió hasta que sus espaldas tocaron las de su hermano.

—Nos han cercado. No quieren disparar hasta poder dar de lleno.

—Haremos lo mismo, Lorenz.

Los jinetes volvieron a montar, picando espuelas, abriéndose en abanico.

Los de la carreta, de nuevo detenida y atravesada, se arrodillaron tras las ruedas.

Dos balazos levantaron polvo a escasa distancia de los hermanos.

Se oían los cascos repicando próximos.

Alex alzó el cañón de su ametrallador.

—Podemos escapar si afinas, Lorenz.

—Cuida de los tuyos, Alex. ¡Va!

Crepitaron los dos fusiles ametralladores, entre las nubes de polvo de los caballos asaltando por un costado.

Ocho jinetes yacían por el suelo, algunos arrastrados por el pie cogido en el estribe.

Soltó Lorenz el fusil caliente.

Se quedó de rodillas, apoyado el hombro contra la rueda, y la cabeza en el cartelón.

Vaciado su fusil, se agachó Alex recogiendo el de su hermano.

Al galope, disparaban los dos últimos jinetes, y tres que surgían de detrás de la carreta atravesada.

Alex apretó el gatillo, pero su descarga acribilló el suelo.

Otro crepitar repentino, fue haciendo dar saltos imprevistos a los sorprendidos supervivientes.

Avanzando, apoyada la culata del pesado fusil contra la cadera, Mart Blasco disparaba frenético en semiarco.

Y volvió a imperar, el silencio.

Cuando Blasco se arrodilló a la sombra de la carreta, puso la palma sobre el corazón de Alex. Había cesado de latir.

Estaba boca arriba junto a su hermano, y encima de su destrozada cabeza se posaba la abierta diestra de Lorenz, que entre dientes, habló con esfuerzo:

—Juntos hasta el final. Casi les pudimos, Bronco... No debiste disparar. Éstos podían ser agentes como Cork...

—No me importaba. Eran muchos contra dos, y no es ley de hombres. Déjame ver dónde te dieron.

—No me muevas, muchacho. Llevo oro por todo el cuerpo... Oro quemante, sucio plomo... Estuviste bien, hijo... Buena sangre la tuya por parte de ella...

—¡También por tu parte!

Una tenue sonrisa torció los labios exangües de Lorenz Vargas, que murmuró entre estertores:

—Gracias... Así hablan... los hombres de nuestra casta... No dejes que los buitres... Tierra y olvido para mi hermano y yo...

La cabeza de Lorenz Vargas se quedó sobre el hombro de Blasco.

Pasaron largos minutos.

Mart Blasco se levantó y al hacerlo, sobre su hombro quedó el cuerpo de Lorenz Vargas.

Caminó despacio llevándolo al pescante, donde lo depositó. Regresó para aupar el cuerpo de Alex que dejó reclinado contra al de su hermano.

Y miró por vez primera a Olimpia.

—Atrás, tú.

Ella subió en la caja posterior.

La carreta se puso en marcha, lentamente. La que interceptaba el paso se había apartado arrastrada por los caballos.

Un traqueteo echó sobre el hombro de Blasco el de Alex sobre cuyo cadáver se apoyó el de Lorenz.

Se divisaban a lo lejos las casas de un poblado. Tras el pescante, murmuró Olimpia:

—Allí pueden detenerte, Mart.

—Allí hay cementerio. Tierra y olvido para ellos dos.

En el poblado fronterizo de Brownsville, dos rurales leyeron el cartelón de la carreta que fue a detenerse ante la funeraria.

Acudieron. Respingaron al ver el sangriento espectáculo de los dos flácidos ocupantes del pescante.

Después miraron al que se apeaba. Uno de los rurales dijo:

—La descripción concuerda. Oiga, usted... ¿Se llama Mart Blasco?

—Sí. ¿Y qué?

—Recibimos orden de detener a los ocupantes de cualquier carreta de la compañía Vargas, y en caso de verle a usted, avisar al comisario Saldaña.

Sin responder Blasco entró en la funeraria. Pagó dos ataúdes, y la lápida cuyo epitafio dictó:

«Hermanos Vargas. Supieron morir juntos»

Al exterior, enlazó Olimpia su brazo al de Blasco.

—Has de comer y beber, Mart. Te lo ruego, ven.

—Voy.

Cuando hubo comido y bebido, sacudió la cabeza como para despejarse.

—Bueno, lo dijo él mismo. Quiso olvido. Pues a olvidarlo.

—Va a venir el comisario Saldaña, Mart.

—Bueno. Me voy a dormir. Me avisas cuando corresponda.

Anochecido en la habitación del hotel, entraba el comisario Saldaña:

—Hola, Mart. Me contó todo la señorita Olimpia. Dime lo que quieras decirme, Mart.

—Que no sirvo para estos trabajos. Que estoy muy confuso de ideas, porque no sé si tiene razón los Cork o la tenían los Vargas.

—Te comprendo. Pero la señorita Olimpia te ayudará a encontrar el camino justo. Y hablemos de lo tuyo, Mart. El juez no indultó. Te ha condenado a destierro de tres años, durante los cuales no puedes aparecer por Dos Fronteras.

—Lo quiera o no el juez, tengo que ir allá.

—Tienes derecho a ver a tu madre. No te molestarán en el camino de ida y vuelta. La señorita Olimpia te esperará aquí. Y estorbo ya, Mart. Me agrada saberte en tan buena compañía. Adiós.

Poco después, cinchando un garañón lustroso, recién comprado, miró Blasco fijamente a Olimpia.

—¿Por qué quieres esperarme, tú?

—Porque contigo ya nunca más me sentiría sola, Mart. Dime que me...

—Y yo te necesito conmigo. Prepara lo que toca... Eso de los papeles de boda y demás. Nos vemos.

Montando, partió al galope.

—¿Qué hubo, pues? —saludó Blasco abrazando a la que apenas le llegaba al cuello.

—Me alegré al saber que sólo tienes tres años de destierro. Vino el caballero Saldaña a decírmelo. Y que tenías permiso para verme.

—Bien que me lo gané. Bueno, pues, ¿y olvidamos ya las buenas costumbres o qué va a pasar aquí?

Risueña, colocó ella sobre la mesa la garrafita y el plato de arepas bañando en miel. Mientras él comía, ella le miraba embelesada.

—Has vuelto algo cambiado en tan poco tiempo, Martín. Has adelgazado, como si hubieras pasado malas fiebres.

—¡Ah, qué lista es usted, caray! Las pasé y muy fuertes, pero ya estoy del todo curado. Bueno, no sé si lo estoy del todo, ya que resulta que una preciosidad de señorita quiere casarse conmigo... Bueno, los dos estamos de acuerdo, pero usted decide.

—¿Ella?

—Se llama Olimpia, y estuvo siempre en un pensionado. Podrá ilustrarme. No se me alborote, viejecita, si le digo que después de usted, es ella la que más quiero, de otro modo, claro. Creo que ella me ayudará a caminar recto.

—Entonces acertaste, Martín.

—Venga conmigo donde espera ella. Está preparando los papeles del casorio.

—Ya os veré a los dos cuando pasado el destierro me traigas un par de Blascos más. Yo no quiero salir de aquí. Siempre esperándote a ti.

—Ya me lo imaginé. Bueno, ya haré que el juez ése me rebaje lo del destierro. ¿Qué le digo a ella?

—Que soy feliz, porque elegiste bien. Y me escribes. ¿Es rubia ella?

—Caray, no. Tengo buen gusto. Es como usted. La tez canela, el cabello endrino, y los ojos brujos... Van a salir unos Blasco de buena casta.

En la habitación del hotel de Tampico, murmuró Blasco roncamente:

—Pero, caray, qué linda... ¿No somos ya marido y mujer? ¿No echamos firmas? Nos queremos bien de firme, ¿no?

—Así es, Mart —musitó ella.

—Y hasta ahorita no quise ni rozarte, para que vieras que de veras te quiero. Acércate ya, pues.

—Me das un poco de miedo, Mart. Parece como si fueras a devorarme.

—A mordisquitos sabrosos.

Al día siguiente, en la playa desierta, Blasco, chorreando, salió del agua. Fue a tenderse bajo la escultura de carne morena. Y ella susurró:

—Siempre juntos.

—Eso es. Y hasta he pensado que puedo trabajar, ¿sabes?

—Tengo una pensión de doscientos al mes que...

—Te la gastas en trapos bonitos, pero entiéndase bien que yo me pago el ron y la pitanza, ¡faltaría más! He dicho que voy a trabajar y lo hago. Bueno, aún me quedan unos dólares. Cuándo se terminen, ya tengo el trabajo.

—¿Y qué es, mi vida?

—Le dije ya, maldita sea, que no le llame así a este varón... Bueno, en habiendo gente por la ronda que pudiera oírlo. Pues sí, en varias haciendas me pagarán bien como desbravador.

—No hay nadie a la ronda, mi vida. Bésame, cariño.

—¡Ay, qué caray, estos mimos me traen loco...! Pero en habiendo gente me llamo para usted y para todos, Mart Blasco.

—Sí, mi vida. Te quiero con toda mi alma, Bronco mío.

El susurro del mar en la solitaria cala apagó el rumor de suspiros.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICÍACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España